



María Luisa Mora
Elisa Romero
Joaquín Copeiro
Julianna Gallardo Laufenberg
Trina Quiñones
Antonio Illán
Manuel Quiroga Clérigo
Lola López Díaz
Paco Morata
Manuel Fernández Nieto
María Antonia Ricas
Jesús Pino
Rafael Vera
Virginia A. Lobos
Germán Pinto Recuero
Adelina Esteban
Juan Carlos Pantoja Rivero
Jesús Rubio
Damián García Fente
M^{ra}. Auxiliadora López Rodríguez
José Manuel Martínez Cenzano

Ilustraciones:
Luis Riaño

HERMES

REVISTA ESTACIONAL DE POESÍA

Hermes 21. Toledo. 2001

Revista Artesanal de Poesía

Dirigen y coordinan:

María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: *Hermes4*

Consejo editor:

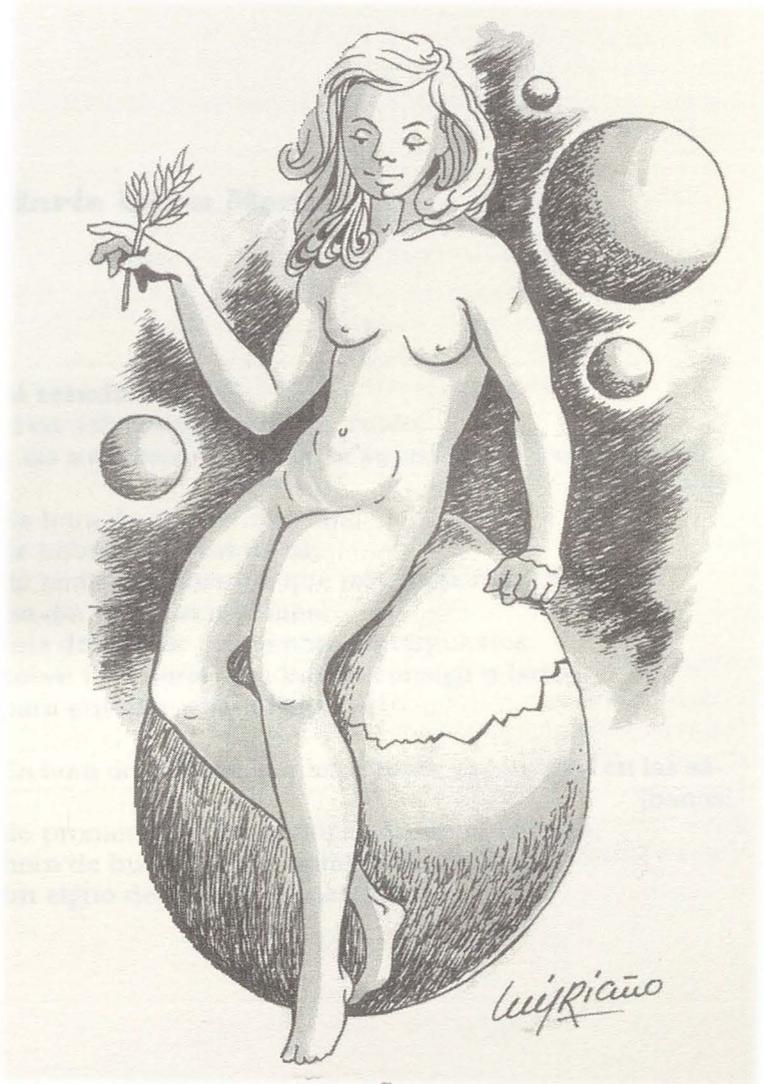
Jesús Pino
María Antonia Ricas
Joaquín Copeiro
Juan Carlos Pantoja Rivero

Depósito Legal: TO-654-1995

ISSN: 1135-4801

Portada: Lucía Ruiz

HERMES 21



OTOÑO
REVISTA ARTESANAL.TOLEDO 2001

María Luisa Mora

I

Al terminar el día

el corazón descansa de su ruido
y las aves reposan sobre la superficie de los bancos de
[madera.

Es hora de ajustar cuentas,
de hablarle a Dios de tú;
de pedirle el favor de que nos haga resistir
un día más, un año más,
una década de pronombres interpuestos,
sobre una tierra que lucha, consigo misma,
para cumplir una misión.

Es hora de sollozar, por los errores, escondidos en las sá-
[banas;
de prometernos la rectificación de la tristeza;
hora de buscar, en el nombre de los hijos,
un signo de ilusión predestinada.

Y hay un Dios que nos ve desde lo alto
de nuestro pequeño corazón
e indaga, dentro de nosotros, la respuesta de nuestras
[vacilaciones

a la fe;
el porqué del lúgubre dolor a la hora de la cena,
de nuestra indiferencia ante el trabajo de los niños
asomados a los televisores de última generación;
el porqué del silencio ante el fallecimiento de alguna olea-
[da de emigrantes;
de nuestros delirios de grandeza;
de nuestros oídos sordos ante el ruido de las mujeres
[maltratadas
y los jóvenes cocainómanos tomando su dosis
junto a una exposición de tazas de café.

Al anochecer es más intensa la soledad y más dura la
[tristeza
y los corazones de la gente gritan amordazados por el
[sueño;
lloran desconsolados ante la promesa rota de un insomnio.
Sólo Dios conoce lo que esconden.
Sólo un Dios que sabe leer, entre las líneas del espíritu,
nuestro complejo universo de hombres
perdidos entre caminos rotos y desvencijadas carreteras,
sabiendo que, al final de cada día, hay una luz
que no puede apagar el sueño de la muerte.

II

Y si resultase que la resurrección fuese una nueva oportu-
[tunidad

para cada uno de nosotros;
volver a nacer en el mismo lugar,
en el mismo parto de la madre;
vivir de nuevo el mismo horizonte de casitas de cartón,
de meriendas dulces a la hora del café,
de abuelos meciéndose al ritmo monótono de sus mecedo-
[ras;
y conociésemos el mismo amor de adolescentes inma-
[duros,
la tristeza repetida por el olvido indiferente de los padres;
y escribiésemos siempre el mismo verso que escribimos,
los mismos libros;
y vivir las primaveras, arrancadas
de nuestra colección de flores abisales.

Si pudiésemos leer, otra vez, a los profetas
que pregonaron un reino lejano, en el que nadie habría
[de morir,
y entenderíamos que el dolor es una enfermedad benefi-
[ciosa
para sobrevivir al naufragio del destino.

Quizás, entonces, los nombres de las cosas
cobrarían una nueva significación

y el corazón atravesado por las flechas de la desesperanza
podría latir con la fuerza de la vida.

Quizás, entonces al coger un autobús
saludaríamos al vecino con una sonrisa duradera
y no con la indiferencia de los cipreses en el mar;
y, al hacer chocolate, invitaríamos
a nuestro padre recluido en su histérica enfermedad de
[abandonado

y no tendríamos miedo de la guerra
ni de los bandidos que atracan las gasolineras
en la oscuridad del anochecer.

Porque sabríamos que Dios es la mano
que nos va a salvar del naufragio entre las rocas
y siempre queda la mañana
en la que podremos renacer,
tras llegar al final de ese camino
que algunos llaman muerte o libertad;
pero que es vida nueva:
la feliz alegría del regreso.

Elisa Romero

De islas y otras soledades/Léucade

Pasa, dice la mujer con naturalidad, no te quedes ahí pasmado. Sopla levante y se cuelan hasta por las rendijas remolinos de polvo y virutas. Anda, pasa, se impacienta. Adelante, decídetete. No seas timorato. Y le ayuda despacio a desprenderse del chaquetón, de la bolsa, de la bufanda. Y de la espantosa gorra de punto que le sienta como un tiro, pero qué más da a estas alturas. Ahora te preparo un té caliente. No hace preguntas la mujer. Para qué. Sabe que él está aquí en su camino de regreso, y es lo que importa. Acomódate. Luego hablamos si tú quieres. O no. O nos quedamos así, juntos, nada más. Sin voces.

Los dedos romos del hombre recorren los bordes de la mujer. Repasan los pómulos, perfilan la curva de la nariz. Le recogen la barbilla. Le acarician los hombros y los pe-

chos siempre diminutos. Con ternura. Le tientan los muslos por encima de las ropas. Han perdido la firmeza. Y la tersura, seguro; lo mismo que su piel. Le rodean el talle, le dibujan las caderas rozándola apenas, como con reparo. Como con alas. Igual que entonces.

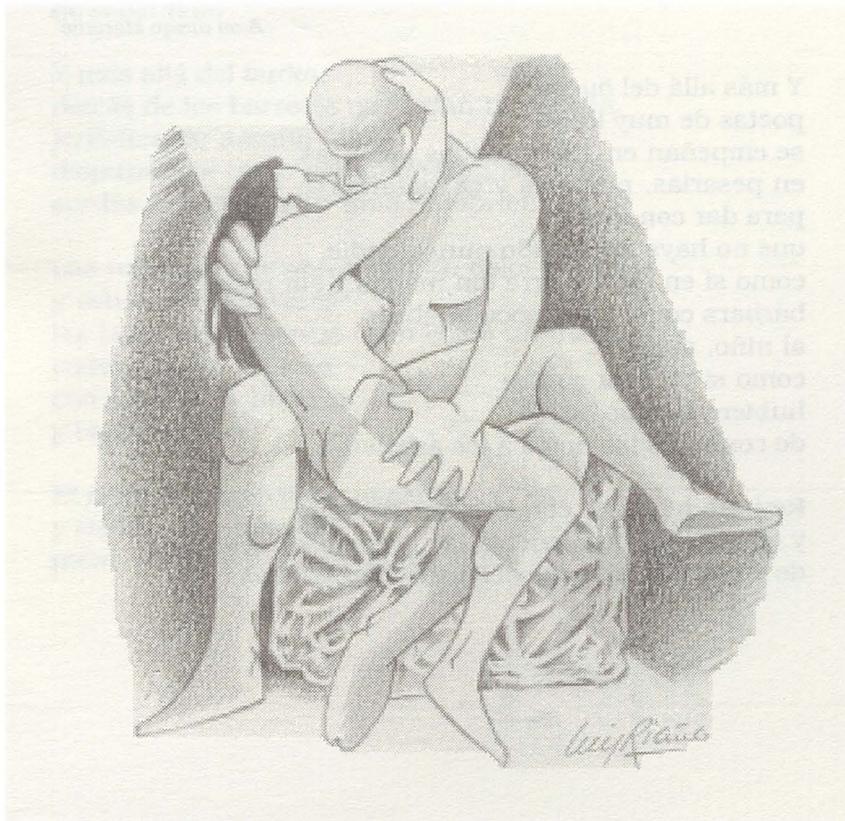
Se miran los dos reconociéndose en las formas del tiempo. Averiguándose en los pliegues y en la flacidez. Se palpan los dos con los movimientos inquietos y azorados de la represión y de los años. Sin prisa ya, la mujer acopla la menudencia de su cuerpo menguado en la calidez del hombre, que huele a tierra más que antes. Más que nunca. Y a plumas de pez.

Anochece en la ventana. Es una noche desapacible y chata que engarabita de olas la mar y rasa el suelo. La mujer se levanta con apuro, apoyando su torpeza en los brazos gruesos de la butaca de cuadros. Oscilante, se acerca a los cristales, empañados de su propio vaho, y traza el nombre rotundo con la lengua. Después ahoga un estremecimiento, lamiéndose los labios, desmaya el gesto y apoya la sien contra el temblor frío del quicial sacudido por un vuelo de pardelas aventadas. Suena el timbre de la puerta.

Abre con vehemencia la mujer. Resuelta. Y repite la escena. Pasa, dice, no te quedes ahí pasmado. Sopla levante. Lo ha ensayado tanto que no puede equivocarse. Y se

cuelan hasta por las rendijas remolinos de polvo y virutas. Sí, sucede de este modo. Exactamente. O quizá sea otro el orden de las palabras. La mujer duda. Se alarma. Pero enseguida recupera la secuencia. Anda, pasa. Adelante, decídetes todavía.

Afuera el silencio ulula. También adentro.



Joaquín Copeiro

Libertad duradera

A mi amigo Mariano

Y más allá del *burka*,
poetas de muy lejos
se empeñan en hablar de las palabras,
en pesarlas, medirlas y engarzarlas
para dar con ideas
que no haya formulado nunca nadie,
como si en esta guerra sin mapas y sin rostros,
bárbara como un genocidio -¡besa
al niño, madre!-,
como si en esta guerra
hubiera tiempo acaso
de contarles las hojas a los árboles.

Retírate tu *burka* con la mano derecha
y con la izquierda encaja las bromas surrealistas
de los poetas blandos del futuro imperfecto,

por ver si las entiendes,
que así nos las gastamos por aquí.

¡Bush parece un apóstol cuando reza!

Ellos extraen del *almario* prosas profanas,
o del zurrón en el que guardan
sus chistes,
y con palabras huecas
hilan sus sueños
de *superman*.

Y más allá del *burka*,
detrás de los barrotes que velan tu mirada,
jerifaltes de antaño
disputan por cenar contando bombas,
sordos al llanto de tu niña hambrienta.

Las tumbas se te abren con un dolor de siglos
y sobre tus cadáveres
las latas de conservas caen como un maná,
cada una con un lazo
con estrellitas blancas
y barras rojas.

El *premier* come como un cerdo,
y *míster pesc* -¡pis pis!-
pierde el culo -perdón, amiga mía,

que no te lo mereces-
porque quiere llegar al menos al café
y sonreír después ante la prensa libre,
como lo son tus pensamientos
allí, en la oscuridad de las ausencias.

Sí. No hay duda. Bush es el apóstol
de una dinastía de *bushes*:
jobushes!

Las piedras
no gritarán jamás por tu mirada,
y en Kabul, ni piedras ni gritos.

Frente a Manhattan,
todos hemos llorado a nuestros hijos.
Pero es verdad, los tuyos valen tanto,
o más;
que el cuerpo escarnecido de un niño miserable,
como tu hija,
debería mover a la piedad
al mismísimo Dios de los desiertos.

Por aquí llaman a la compasión
discriminación positiva.

Más allá de tu *burka* polvoriento
-Nueva York, las *Gemelas*-,
McCartney ha cantado *Let it be*.

¡No lo toques ya más,
que una lluvia de estrellas
alumbra el otro lado de tu *burka*!
¿Y qué más da si son
infernales misiles, si son muerte?
¡La noche constelada es bella siempre!

¡Bombas, miles de bombas!

Escuchando a McCartney, aliviarás tu pena.
La muerte de tus hijos ya no duelen.
¡Viva América! ¡Bravo por McCartney!

Atrás el *burka*, en nuestra base,
muy lejos de tu sol, sólo unas rimas,
torpes y desmañadas,
para que sobreviva la conciencia
de un poeta burgués y acomodado
dispuesto a renegar de la poesía
si ya no ha de valer jamás, a nadie, nunca.

¡Si yo tuviera arrestos
para quemar mis libros y mis sueños,
ten por seguro
que tomarla tu mano y, con *los míos*,
me iría de la vida
por la puerta trasera!

Julianna Gallardo Laufenberg

(Joven poetisa de Sacramento, California, que experimenta la multiculturalidad en los versos con la utilización del multiidioma).

La ventana interior

Tú que haces caer lágrimas
como estrellas fugaces en la noche de tus caricias...
un río milagroso, que pasas sin verlo en la sombra de tu prisa.
PERO still water runs deep...
Tú al que amo sin saberlo, porque no hay palabras, amor
no hay palabras...
sino el silencio que carece de tiempo marcado,
que llena el espacio entre besos.
Y ya incluso el silencio pasa inadvertido,
olvidado,
porque me inunda tu mirada,
que entra por esa ventana interior
donde enciende mil velas,

velas que fulguran aquí adentro donde vives tú,
mi amor, donde te protejo siempre,
y en ti hallo paz,
y en ti la distancia no existe,
no hay distancia que valga,
porque aquí adentro estamos siempre juntos
en el país de nuestros fantasmas,
que allí se besan en las aceras, en los bancos, en el metro,
en el vientre y en el alma...
que allí, en la sombra de una tarde, andan cogidos de
la cintura,
riéndose siempre, mi amor, allí,
en las praderas donde acaban las estrellas fugaces,
el blanco increíble del atardecer,
iluminación del cielo marchitado sobre las yerbas
por el calor que tú me das.

Pura ilusión

Inquieto como mi mirada
es el deseo de ti
se mueve tranquilo bajo el agua
no llegará al aire
una ola en la marea de otro día
que se va.

Y nunca sabrás que en un momento te quise.
El anhelo de estos ojos por los tuyos,
intentando hablar tu lengua.
Esa gota vidriada
y los mil colores del sol,
tan inútiles...

Un lugar a la luz
deslumbrante de un ayer
donde estuviste tú
como un sueño,
ahora ya siempre estás allí
te pareces tanto a la luz...

Que la ilusión sea siempre tan pura
y que agua clara esté salada
pero la amargura rechaza siempre la luz
y con estas palabras manchadas de culpa
por fin descansa.

Spanish Eyes

Les Espagnols ont la réputation d'être très dragueurs...

pero ¡ay! por esos *Spanish eyes*
que no mentían bajo el *Spanish sun*
donde la pasión más intensa muere pronto
y el flamenco va libre por las calles a lo suyo
destruyendo caos con su arte.

Ese momento sin historia,
la vida que no se contará
pero tantos ojos de flamenco.

Cuarto de espejos
que me miro por todos lados y no encuentro la razón...

And if we're nothing more than dreamers...

sólo el poder radiante de esa mirada que se me va
azul de un ensueño

y tan flamenca como invisible
dime tú si ves

la ley de tu flamenco
ça ne m'étonne pas trop...

...et fa por la foscó?

o ¿qué es lo que da miedo?

y ¿tú qué culpa tienes?

Can you see the wall between us?

No me pierdas de vista
que *still water runs deep*

y en los charcos de la noche española
la calma de tus ojos me engaña.

Trina Quiñones

Moscú en Abril

Rumores anónimos, miradas imprecisas, aromas promiscuos, televisores encendidos, tubos de escape sincronizados, desfile de botines empolvados, risas liberadas, frutas estacionales, besos espontáneos, promesas cumplidas e incumplidas, delirios en escala, miriadas heterogéneas en los parques, mineral vadá, de dachas y pensionados, reparaciones en masa, obsesiones sumergidas y no sumergidas, temores despojados del invierno, mujeres debilitadas en primavera, disparos hormonales, festividades en cadena, rebajas y nuevas colecciones, desfiles de cualquier índole, elecciones, traslados, nombramientos, condecoraciones, catástrofes varias, renovaciones, vendimias, invisibilidades traducidas, abismos musicalizados, creaciones benévolas, sosiegos máximos, insoportables certezas, virus en computadoras, chistes interconectados, los feriados y las fiestas de guardar, pecar libremente en el banco de una catedral, desear al cura, hacer la lista del mercado, ir a la farmacia, buscar lo que se nos ha perdido en un poema que «parece» japonés, encontrarte en el claro de un bosque.

Una energía brota...

Una energía brota del interior de la ciudad
y toma su superficie, despertando sus árboles
que verdean con luminosos matices
prometedores, como una vida nueva

y ese verde se expande
por parques y bosques y colinas
en una ondeante esperanza
que a todos nos alude

Las leves colinas moscovitas...

*A Manuel Quiroga, con un abrazo
Madrid, 10-julio-00*

Las leves colinas moscovitas
asoman
silvestres flores amarillas

nos despojamos del invierno y
empezamos a asumir
esa tibieza
que nos penetra
en un viaje
sin fin

impredecible

Antonio Illán

Todo el tiempo por delante

Hombres sin rostro, con todos nuestros rostros,
están ahí, en el suelo, como niños dormidos.
La incredulidad del dolor
vaga por las calles sin nombre del desierto.

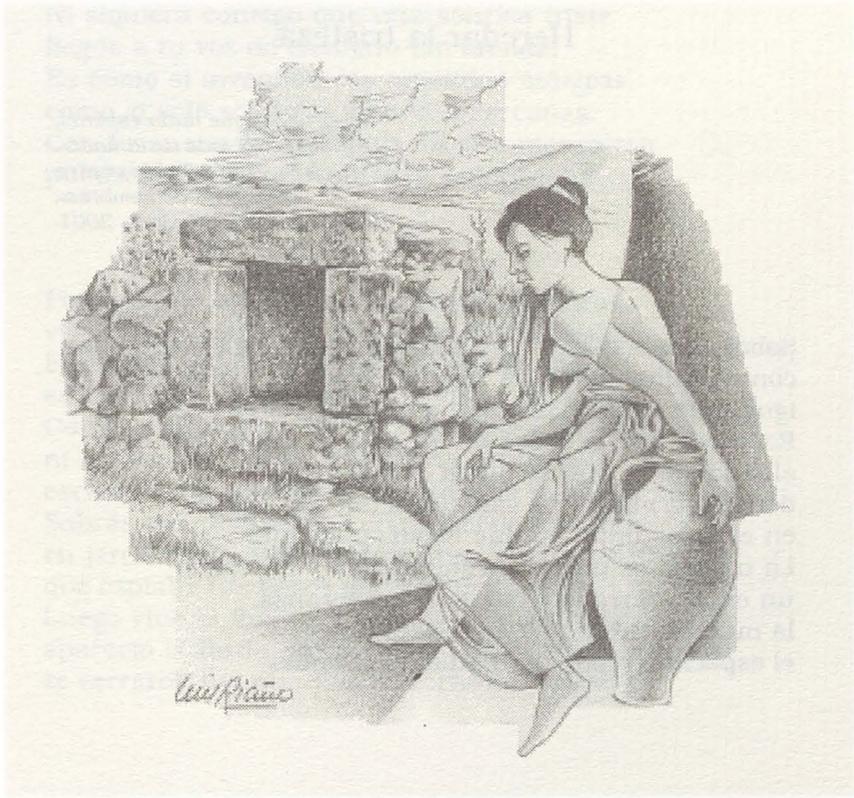
Surtidores de sonrisas, todas nuestras sonrisas,
están ahí, en el suelo, como flores en los charcos de sangre.
La sombra de los dioses
huye por entre las arenas ardientes y los altos ventanales.

Palabras perdidas, todas nuestras palabras,
están ahí, en el aire, como vidrios rotos.
La brújula enloquece
mientras busca la esperanza que vomitan las culebras.

Mentiras de ceniza, todas nuestras mentiras,
están ahí, en los rincones de los ojos, arrumbadas como
[piedras.

El hombre abrió sus brazos
y su sombra en el espejo es una cruz.

Y sin embargo la vida...
Elle a tout le temps davant elle.



Manuel Quiroga Clérigo

Heredar la tristeza

*«Y ahora que nada esperas,
esperas todo de la nada».*

Luis Valdesueiro

«Cuaderno de sombras».

Huerga & Fierro, Madrid, 2001.

I

Sabrás que la tristeza es como un boomerang envenenado,
como espinas terribles que ametrallan el tiempo,
igual que mil puñales que en la piel penetraran.
Recuerda que el deseo duerme en la negra noche,
allá donde se tiñe de lluvia la distancia,
donde lágrimas frías van cubriendo los sauces,
en el lugar finito en que existías siempre.
La tristeza es un viento embarrado y anémico,
un espejo cerrado a cualquier esperanza,
la música perdida de los felices años,
el espacio cercado por nadas y cadenas.

No quiero allí tenerte, no quiero dibujarte
en tan sucio horizonte de penurias y ocasos.

II

Tu silencio me habla y mil inviernos
se me clavan airados en todos los presentes.
Ni siquiera consigo que una sonrisa triste
llegue a tu voz de ensueño tan amada.
Es como si inventara las repetidas músicas,
como si solo sombras aparecen cercanas.
Con tu ausencia de espiga, de ave mensajera
puedes crear dolor, fronteras, holocaustos.

III

Permaneces inmóvil en medio de las horas,
vives en la memoria de permanentes llamas.
Eras, entonces, fuego, toda vida emergiendo
en medio del deseo, los almendros, las rosas.
Como estatua de azúcar permaneces intacta;
ni siquiera la niebla hoy podría ocultarte,
esconder tus pisadas de madreSelva y árbol.
Sabrás que te esperaba en nubes de algodón;
en jardines de dudas, horizontes, imágenes;
que espía tus pasos por jardines alados.
Luego vino la lluvia, el vendaval, la lágrima;
apareció la tarde con ese olor a invierno;
se cerraron tus puertas, tu corazón, tus labios.

IV

Infinita amargura me asalta a cada paso
como una melodía perfecta y perdonable.
Se ha llenado de sombras la huida persistente,
el tiempo que adormece los suaves horizontes.
Luego protagonizas el azogue final
de todos mis espejos, la escena solitaria.
No dejarás de ser mi melodía intensa,
mi valle de distancias, ese minuto íntimo.
Nunca serán lejanos los pretéritos simples,
los siglos de pasión en que vivías toda.
Solo queda mi grito, mi grito tan callado.

V

Me encerré sin quererlo en antiguos silencios
en tus labios de miel que todo lo expresaban.
Y de repente fuiste la lejana habitante
de un presente de adioses ignorados.
No se me permitía respirar en tu alcoba,
esperarte despierto, reclinar me en tu almohada.
Tal vez imaginara futuros con tus pasos,
horizontes de playas y dulces primaveras.
Pero solo existías más allá de mis versos,
con una voluntad de olvidos y fracaso...

VI

Aún espero el retorno de tu presencia de ave,
ese andar de gaviota susurrante e intensa,
el cierto olor a nube que siempre te delata.
Solo quedan los ecos de tu rumor de prado,
de musicales horas para tu voz de bosque.
Te quería en la tarde de los mundos lejanos
y hoy espero paciente tus pasos de parterre,
el renacer de tórtola de tan fértil perfume.
Es como si acecharan tormentas de trigales,
esas lluvias de polen desordenado y agrio
o incendios presurosos de la nieve más blanca.
Espero el proceloso rumor de tu paisaje
no solo tu orillada intimidad de espejo
o el renacer agudo de tu intensa mirada.
Le debo un homenaje a tu sombra de lago,
a la arisca belleza que rodea ferviente
el murmullo perenne de tus ojos de cielo

VII

Después me vine al mar,
a este espejo de lejanías nuevas,
a cierto olor a sándalo.
Surgen los horizontes de eucalipto gigante,
de apasionada luz, de fenecidas olas.
Tu ausencia como lluvia brilla en la breve arena
igual que si naciera tu historia de metáfora.

Después me vine al mar
con el retrato inmenso de tus labios de seda,
con la pasión herida y el futuro cerrado.
Recordaba el pretérito de tu vientre pacífico,
el perfume que llega de tu ropa de siempre,
la obligada distancia...
Vine al mar pero nunca
ensayé el olvidarte.

Almuñecar, 13.5.2001.

VIII

Este mar no es el mismo

sin tu presencia dulce,
pues los atardeceres
tienen ese olor cauto
de la breve tristeza,

el color mortecino

de los pájaros solos,

la música distante

de las rosas antiguas

tal vez amortiguadas.

IX

Somos los emisarios de la duda y la lágrima,
portadores ilustres de los virus extraños,
aquellos que prometen primaveras y dátiles,
perpetuos habitantes de la nada asombrada.
Somos acaso solo, intrigantes comparsas olvidados,
territorios perdidos para esperanza y tórtolas,
aluvión de gardenias que amenazan distancias,
alcatraces ocultos junto a felices prados,
desolados rufianes inventando la noche.

X

Ahora sí que me inundan todos los universos
agrios, intrascendentes, perpetuos, oxidados.
Me recorre las venas toda la nada infame,
alguna pestilente soledad innominada,
esas noches sin ti, el tremendo orificio
que dejó tu mirada.
Ahora vuelvo a las tardes silenciosas, vacías;
a los parques sin gente, a extinguidas alcobas;
al jardín de las flores caducas, olvidadas.
Regreso enormemente a antiguos paraísos desolados;
a tu piel presentida, lejana, memorable.
Pero aquí sigo intrépido amando tus distancias,
esos dedos de miel, ese perfume de ámbar, ese olor
a renacido prado tras la lluvia de abril.
Sigo aquí, fatigado, esperándote.

Para Pilar, en cualquier madrugada.

Elisa Romero

Estar en las palabras de otro
todavía,
en el eco de las cosas
rompiendo la dureza de los pedernales.

Guarecerse
al cobijo
del trino de los ángeles.
Aguardar
con la ductilidad del tiempo entre las manos.
Y seguir el ascenso.

La voz
otra vez
lamiendo los ribazos.
O es la resonancia, quizá, de la memoria.

Toda la soledad mientras.

Porque tú,
yo.
Por que tú. También.

-¿Y nosotros?

Él ella ellos,
el otro siempre. Los otros. O lo otro.
Mejor.

Aquellos esa éste
dependen cada vez del punto en que los sientas.

Los demás. Alguien. Quienesquiera.
Ninguno.
Nadie.
La costumbre.

-Pero nosotros...

Duele tanto
pronunciar vosotros, sin embargo.

Algún día, quizá,
todas las formas tuvieron su respuesta.

La voz exacta
sobre la imagen.
La esencia de las cosas exentas,
como la mueca
o la mirada
o las yemas despacio por la morbidez.
O la luna.
Encima.

-Es que nosotros...

Instantáneas

1.

Rumor de crisantemos
en verano. Puede que martes
por la tarde. Acaso ahora ya miércoles.
Quién sabe.
O en un amanecer cualquiera
todavía.

2.

Y amarrarse a sangre al mastelero
por evitar la tentación de las sirenas.

3.

Al encuentro
del sol
con abrazos de agua.

4.

Toda la transparencia
de las aguavivas
ribeteando
la playa
desde la última marea.

5.

La sabela
escribe caligramas en la bajamar.

Los amontona
en la arena húmeda,
los mira endurecerse
y oculta después
su atrevimiento
hacia abajo,

burlando al alcaudón.

6

El albatros sobre sí mismo.

Desafiándose
en la fiereza del mar.

7.

Los pechos de los adolescentes

se hinchan
en vano
de violetas.

8.

En el borde los dos;
debajo, el agua.

9.

El silencio de los pelícanos
acera los perfiles
del contraluz.

10.

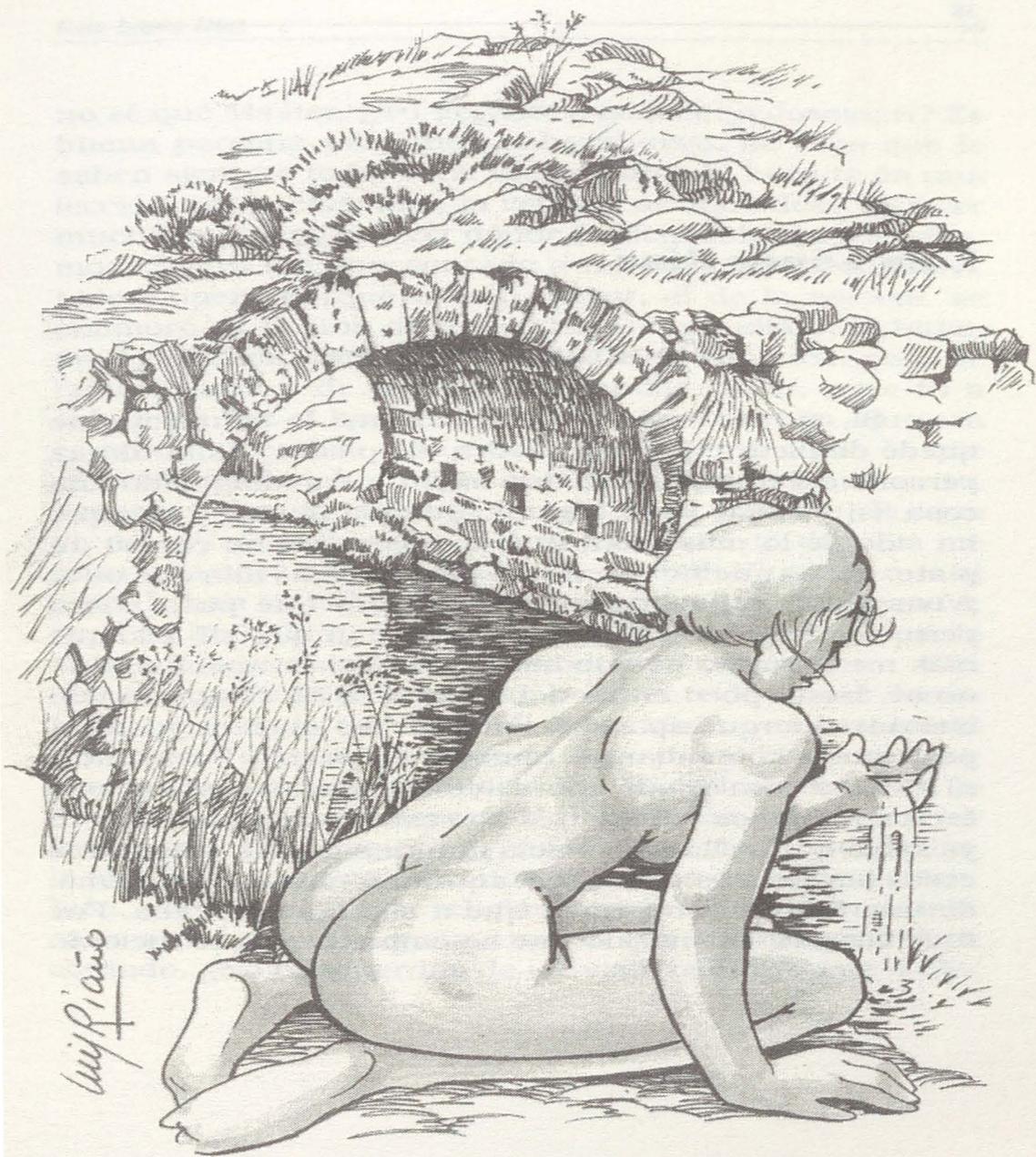
Con la luna a hombros.
Con la soledad del viento lamiendo los tobillos.
Con los ojos
prendidos
de salitre.
Sin el rumbo ya.

11.

Un algo de barcaza vieja
en el tableteo
de la gavina
rasando el mar.

12.

Toda la piel
golpeada de intemperie.
Todo el vigor de las manos
para tensar el foque
y sostener la mayor enderezada.
Todo el aliento del aire
colmado la cangreja.
Toda la habilidad del mástil
para ensartar el vuelo de la única gaviota.
Detrás,
todo el temblor de la tarde.



Luigi Piana

Lola López Díaz

Dominus Vobiscum

Sí, sí, es verdad. Yo, cuando me lo contaron, me quedé de piedra. Pero de piedra, de piedra. Es la última persona del mundo de la que me hubiera imaginado una cosa así. Porque yo la conozco de toda la vida y siempre ha sido de lo más modosita, la típica que no rompe un plato, de las que no dicen una palabra más alta que otra. ¡Vivir para ver, hija mía! Yo no sé lo que pasa ahora pero está la gente como desquiciada ¿a que sí? Y lo que más me asombra es que hasta hace relativamente poco, no sé, hasta poco antes del verano, la he estado viendo bastante, porque aparte de en lo de los museos y las exposiciones, coincidíamos también en el golf. Pues chica, ni idea. La cosa es que ahora, a toro pasado, desde que se fueron sus hijos a Boston sí que estaba un poco rara. Yo ya sabía que a ella no le hacía ninguna gracia, entre otras cosas porque el mayor tenía aquí una novieta monísima, de una familia estupenda, que a ella le encantaba. Fue todo cosa de su marido que se empeñó en que hicieran

no sé qué Master. ¿Tú llegaste a conocer a Josemari? Es buena persona pero muy cabezahuevo, de esos que lo saben siempre todo, cada vez que abre la boca te da una lección, un poco pelma, la verdad, aunque debe de valer muchísimo, ¡hay que ver dónde ha llegado!... A lo que íbamos. Según me han contado a mí -luego te diré quién-, todo empezó porque el hijo mayor, el de la novieta, se enamoró en Boston de una chica india. India de la India, no de plumas. Debe de ser nacida en América, pero de familia india y de muy buena familia dicen, ¡vete tú a saber! Lo que sí han dicho los que la han visto -que esa es otra, que estuvo aquí este verano y yo in albis- es que es espectacular. Impresionante de guapa. Pero oscurita, oscurita... ¡muy oscurita! Imagínate el papelón. Porque yo no soy racista pero, qué quieres que te diga, si me pasa una cosa así, me muero, la verdad. Y parece que al chico le han tratado de convencer por activa y por pasiva, pero no ha habido manera. Y Luz echándole la culpa de todo a Josemari y en cierto modo con razón, claro. Ella que siempre había estado tan pendiente de él, tan sometida, que todo lo que decía él iba a Misa, que casi hasta repugnaba qué quieres que te diga, pues, hija, creo que contra él como una cosa loca. Y a él, de los disgustos, le ha dado como una especie de depresión que hasta ha tenido que ir a un psicólogo, no te digo más. Y a todo esto, la familia de la chica con unos disgustos espantosos también, porque según su religión, por lo visto es un drama casarse fuera de la casta o no sé qué historias me han contado. ¿No te acuerdas de un viaje que hizo Luz la Se-

mana Santa pasada, que dijo que se iba a ver a sus hijos? Pues a lo que iba era a conocer a la chica y a hablar con su familia. La cosa es que los indios o hindúes o lo que sean, la debieron de impresionar muchísimo, porque a partir de entonces me han dicho que empezó a leer cosas sobre la India y la religión y no sé qué más. Con tal, que este verano pasado se presentó aquí el hijo con la novia. Que suerte que Luz tiene -que yo no lo sabía pero, por lo visto, tiene- una tía viuda que es medio vegetariana y sabe algo de inglés, que la hospedó en su casa. Que ésa es otra, claro, porque a ver qué haces tú aquí con una hindú. Para comidas y todo. Es una complicación grandísima. Y el idioma. ¡Si es que no es sólo lo de la raza! ¡Si es que todo son inconvenientes! Bueno, pues la cosa es que Josemari, no sé si por la depresión o por qué, aunque me lo puedo imaginar porque hay que ponerse en su lugar, se desentendió del tema y no debió de hacerle a la chica ni pito caso y Luz, la mujer, pues se volcó. Y entre la tía, una hermana de Luz que es profesora de inglés no sé dónde y ella, que chapurrea un poco, estuvieron obsequiándola y llevándola de acá para allá. Igual también para llevar la contraria a su marido, basta que él no quisiera saber nada del tema para que ella... en fin. Y también por no perder al hijo, claro. Bueno, pues lo grande del caso es que ahora está a partir un piñón con la hindú y a Josemari no quiere ni verlo. Pero ni verlo, ni verlo. Y lo que yo digo, ¿no era todo porque le echaba la culpa de haber mandado al chico a Boston y que se echara una novia de color? Pues si lo tiene tan asumido como

dicen -que a mí no me cabe en la cabeza, pero bueno, allá cada cual- no entiendo por qué tiene que seguir contra el pobre hombre. Porque creo que es una cosa terrible, que no quiere ni oír hablar de él. Para divorciarse, ¡fíjate cómo será! Y es ella la que ha pedido el divorcio. Ella, ella. Porque él dicen que está hundido, hundido, hundido. Pero lo más gordo no es eso. No, hija, no, ahora viene lo mejor. Por lo visto, se ha ido a vivir con su tía la vegetariana y está estudiando inglés intensivo y va a hacer yoga, meditación y no sé cuántas cosas más. Todo como muy espiritual. Y rarísimo. Te digo que rarísimo. Que no sé yo, lo mismo se ha metido en una secta de esas que te lavan el cerebro... Y ¡agárrate!, ¡se va a la India! Como lo oyes, a la India, y además creo que pronto. Pero no de turismo, ¿eh? ... No, no. Por lo visto quiere irse a un monasterio que hay no sé dónde ¡a meditar! ¿Qué te parece? Y luego quiere trabajar con los pobres o algo así. Supongo que irá con una organización de ésas que hay ahora tantas, no creo que esté tan loca como para irse por su cuenta, aunque visto lo visto... ¡Lo mismo se convierte en otra Madre Teresa! ¿Te imaginas? Aunque a mí me huele que a ella le va más lo de los gurus o gurús o como se llamen. ¿Qué me dices? ¿Has visto una cosa igual en tu vida? Yo no salgo de mi asombro, chica, por más vueltas que le doy... Oye, que digo yo que con lo mona y lo arreglada que ha ido siempre llevará saris de firma ¿no?, ¡ja, ja, ja!...

Paco Morata

1.-

AHORA QUE A VECES
recuerdo tu presencia
como si ya te hubieras ido
me gusta acariciarte
por delante del tiempo
cuando no estarás tú
y será vuelo
-un pájaro aterido
de plumas incendiarias-
el roce arrebatado de tu cuerpo
la negada rugosidad de los poros
la insolencia recatada en el desnudo
los labios tan abiertos
que no abarqué sus límites

la batalla perdida de certeros
puñales contra ti
sorprendida
de seda
-desa(r)mada

2.- ORILLAS DEL AMAR

el ala de un pájaro esperando
que el viento la vuele
se eleve el aire sobre ella
alzado en deseado vuelo
de labios agobiados
del aliento
por las zonas de umbría de tu cuerpo

boca de pluma al abatirse
lenta como la edad
inexorable
al tibio contacto de la piel dormida
-unas cosquillas leves sobre el vello
un beso íntimo de espuma-
te despierte

3.- SEPTIEMBRE

hay vida

un imposible pez de nota herida
enredado a los vientos de la tarde
la canción del ocaso el canto ronco
de cisne sol de otoño derrotado
la ensimismada voz de tu recuerdo
hablándole al oído de esta espera

negra boca negra
de loba soledad aullando
a las esclarecidas lunas
de los escaparates

hay vida

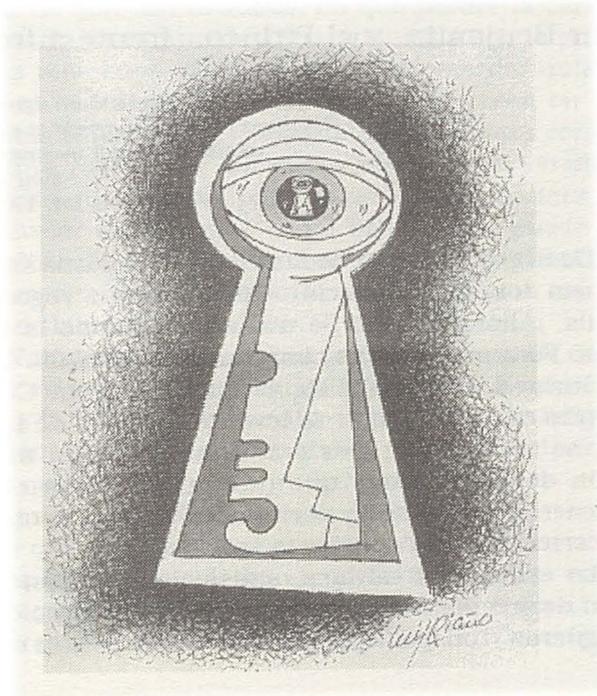
es la hora en que cierran los comercios
la ciudad se remansa
cae la noche
a plomo sobre calles remojadas
los pasos repartidos cada uno
a su casa
la casa en exclusiva toda
para ti para el desorden
de tu cama
tu ropa
tu cabeza

hay vida

un cuervo de ala blanca picoteando
la edulcorada piel de la memoria
la madurada pulpa
interrumpiendo
a cal y canto el fresco
fluir del pensamiento

hay vida
-dices-
más allá de los velos resignados
la irredimible niebla
del olvido

(De Arquitectura efímera)



Manuel Fernández Nieto

Walter Benjamin y el Pirineo, frente a frente

*Yo mismo emprenderé a fuerza de
brazos romper un monte que otro no
rompiere, de mil inconvenientes
muy espeso,*

GARCILASO DE LA VEGA

De la enjuta figura de Lisa Fittko salió una voz chillona con tono de urgencia. «Tenemos que regresar a Banyuls. ¡Ahora mismo! Se nos está echando la noche encima. Para mañana, ya conocemos el camino». La señora Gurland y su hijo la siguieron sin chistar. Cuando los perdió de vista, Walter se levantó el cuello de la chaqueta, se ajustó los lentes y se echó sobre un mullido montón de hojas secas que dibujaron lentas espirales al caer. Se acurrucó y permaneció quieto, protegiendo la cartera con el cuerpo, sin soltarla.

Lo estómagos salvajes, satisfechos, hacían la digestión de sus presas diurnas al profundo abrigo de sus madrigueras. Todavía lejos para ser oídos por un cuerpo

temeroso, enfermizo, en los laboratorios del tiempo se fragua el canto de los gallos de Portbou, el tañido de las campanas de sus relojes.

Ahora, que ha aprendido a domar las cumbres y los valles, el oleaje inmóvil del Pirineo; que sabe burlar los ataques taimados de los espinos que salen a su encuentro; cuando los resbalones con caídas que destrozan el alma no son tan brutales; en que perder la cartera y recuperarla ya es una destreza adquirida con la práctica de cada momento, no sería capaz de recordar quién escribió, ni qué sentido tienen frases que yacen en la insuperable lejanía de la memoria: «Toda belleza contiene, como una revelación, un cierto orden histórico-filosófico. Puesto que no sirve para hacer visible una idea, sino para revelar un secreto». O «La belleza sólo puede valer esencialmente donde se ha constituido la duplicidad entre desnudez y encubrimiento: en el arte y en los fenómenos de la pura naturaleza».

Walter sabe que no puede haber el menor descuido; que en el penúltimo segundo todo debe quedar supeditado a la intuición como algo superior a la inteligencia —una inteligencia sublimada—; sabe anticiparse al peligro que acecha, que le rodea por todas artes, y no se vuelve para responder a un saludo inútil, un derroche de energía que no le estaba permitido. Era exponerse a dar un traspié —uno más, tal vez el definitivo—, y, sin embargo, acaba dándolo y rueda sin soltar la cartera.

Érase un hombre a sus gafas pegado. Desechada la

intención satírica de la nariz del poema quevedesco, Walter Benjamin era eso. Y, además de una forma inquietante, cuando se piensa en lo que habría representado para él la rotura o la pérdida, tan posibles en aquellas circunstancias de desvalimiento, del único par de ojos de que disponía. Una persona así, con esa armadura de acero inoxidable incrustada en el cráneo, un cilicio que deja marcas sanguinolentas en el puente nasal, en las sienes, y, siempre, si no hay callo formado, en el arranque de las orejas; una persona tal acaba dando a su rostro, despojado de todo cosmético, la apariencia inversa, la negativa, puesto que no es la ordinaria. Sin gafas, Benjamin era un enmascarado, un desconocido para él mismo..., y para la policía que le esperaba al otro lado de la cercana «línea de Portbou» con la punta de los lápices gastada de tachar nombres y apellidos extranjeros. ¿Qué fue de las gafas a través de las que vio el mundo de lo intelectual con nitidez, y sólo entrevió la doblez de lo común y sus riesgos?

Los sorbos de agua que toma de un charco fangoso, cuya oscura superficie le devolvía el rostro de un Narciso forzado, lleno de angustia, pudieron introducir en su torrente sanguíneo millones de bacilos de Eberth que, antes o después, le habrían cubierto el cuerpo de exantemas tíficos.

Muchos años después, Lisa Fittko declararía: «Las fuerzas de Benjamin lo abandonaron. Más precisamente, intentó escalar la montaña; no lo consiguió y expre-

samente nos dio a entender que aquel ascenso sobrepasaba sus fuerzas. Lo colocamos entre el hijo de la señora Gurland y yo; él apoyó los brazos en nuestros hombros y así lo subimos por la montaña con su cartera». (Walter Benjamin. Una biografía. Bern Witte.)

La nieve insinúa su caída desde los remotos continentes aéreos; anuncia que vendrá en torbellinos a borrar señales convenidas; que inutilizará senderos trazados por los contrabandistas sobre planos enmarañados que pueden llevar al desánimo a los buscadores de tesoros. A la derecha, a la siniestra: ese árbol desgajado, esa precipitación de rocas; esa cascada de agua cristalina... ¿Cuánto tiempo lleva montada la escenografía? No es el decorado lo menos importante en la determinación del final, feliz o desgraciado, del drama, cuyas estrepitosas sorpresas se alargarán lo que se alargue el camino que, a ciegas, queda por recorrer.

El vuelo de una urraca es un cuchillo que corta la respiración, igual que el salto de una ardilla, la caída de una baya madura. La niebla, que no figura en ningún mapa, sube desde la hondonada, bordea crestas escalonadas que quiebran o adelgazan su filo: telón del primer escenario antes de reanudar el aquí me caigo, allí me levanto.

La señora Gurland y su hijo calcan los pasos de Lisa Fittko. Han vuelto. No se han perdido. Lisa se sobresalta al ver un montón de hojas y yerbajos que se mueve con una lentitud que parece un desperezo. Da un salto de

salto de gorrión; aplaude sin hacer ruido, sonrío; se lleva la mano al pecho y exclama: «¡Pero si es Walter, nuestro pequeño y querido Walter!».

Ahí sigue, tumbado, casi cubierto de hojas amarillentas, descansando la greña sobre la cartera, trasunto del contenido de su cerebro. Toda la noche sin atender al requerimiento de las estrellas, tan brillantes sobre el Pirineo, espiando con susto y esperanza la llegada del alba, la llegada del día en que todo está dispuesto para que comience el último acto de la representación. Se endereza con dificultad, sujeto por los grilletes de su pensamiento mecanografiado. Tiene que corregirlo una vez más. Cuando todos juntos —con la señora Gurland y su hijo— acaben de descifrar el secreto de su resistencia, de su fe en algo indefinido, indefinible; cuando se enfrente a la línea divisoria, la «línea de Portbou» que, trazada con la imaginación, espera allí abajo, que ya desentumece las zarpas para recibirlos con los máximos honores.

Paul Klee, inventor de ángeles mínimos, proveyó del suyo a Walter Benjamín. Angelus Novus, su ángel custodio de alambre, se le apareció: «Walter, continúa; vas por buen camino. No te detengas. Mira al frente, siempre al frente». Es el compañero intuido, domador de serpientes y de águilas devoradoras. Por eso, Walter podría pasar sin peligro por donde las haya. Angelus Novus ha volado sobre campos de batalla; ha visto y olfateado la espesa humareda color de plomo que vomitan chimeneas

disfrazadas de candor industrial. («El ángel, sin embargo, semeja todo aquello de lo que me he tenido que separar: a las personas, y, sobre todo, a las cosas.»)

Habitaba Angelus Novus la cabeza del hombre cuando éste decidió hacer un nuevo esfuerzo y poner a prueba la fortaleza de la «línea de Portbou» hacia donde se dirige, inclinado ahora a un lado, luego al otro, en el último tramo del descenso. Desciende peligrosamente, ebriamente, ligado de pies y manos por los hilos de un destino que el Ángel intentará... romper. No todo está perdido.

Lisa Fittko, guía fiel, fría, espectral, segura de sí misma hasta entonces, se detiene bruscamente. A ella le está vedado dar un paso más, adentrarse en aquel territorio: le asusta el nombre de España. Está cerca de su frontera. Regresará sola a Banyuls. Sonríe y alarga los brazos, como si les quisiera dar un suave empujón de aliento. Ya van solos. La señora Gurland y su hijo se detienen y miran hacia atrás. Harían una súplica; una súplica que se les congela en los labios y en el corazón, y corresponden al gesto de despedida de Lisa, convertida en estatua, que continúa enviándoles unos besitos que se saca de su boca de pitiminí con la habilidad y la gracia de un prestidigitador y los lanza al helado aire del amanecer pirenaico, donde se dispersan y deshacen como invisibles burbujas de jabón. Walter no ha querido enterarse del último adiós de Lisa; no ha querido mirar hacia atrás; no quiere saber nada del paraíso empapelado de recuerdos amables de ciudades y amigos: Frankfurt, Ber-

lín, París; ya no afina el oído para escuchar la melodía de nombres superestimados: Baudelaire, Goethe, Kafka, Karl Kraus ... Todo lejano, inútil. La memoria ha huido piernas abajo, hasta situarse en lo que fueron tacones de zapatos, ahora embarrados y heridos zancajos. El talento ha pasado a residir en las abiertas plantas de los pies.

De pronto surgen los peligrosos viñedos, con sus ensortijados sarmientos, que hay que sortear sin saber cómo ni dónde se pisa: los viñedos que anuncian la inminencia de la tierra prometida donde existen seres humanos a quienes les está permitido vaciar sin esfuerzo las copas de cualquier placer. Después, todo se precipita. Ahí está, a dos pasos, a uno, la verdad desnuda de la «línea de Portbou», la negativa insalvable, palabras ininteligibles que se transforman en barreras: perdida la esperanza de llegar a Portugal, se pierde toda esperanza. América queda en la otra orilla de un océano de imposibles.

La entrega a las autoridades francesas está prevista y anunciada para el día siguiente, poco después del amanecer. La habitación de una fonda de Portbou se cierra por dentro. Las habitaciones de las fondas fronterizas, casi todas eran iguales: puertas endebles de madera, frágiles cerraduras, moradas de una sola noche, cohibidas por la inquietud.

La señora Gurland, guiada por su instinto maternal, o por cualquiera de los que despiertan la desespera-

ción, burla la última voluntad del hombre que desea permanecer en soledad, y consigue entrar en la habitación de la morfina cuando ya era demasiado tarde. Los efectos de la cicuta socrática son tan lentos como los de la morfina; más que el cianuro potásico y que los gases que despiden las duchas exterminadoras. Preferible el narcótico.

Ningún doliente sube la cuesta detrás del coche fúnebre tirado por caballos. Desde el pescante, el anciano cochero gira la cabeza para contemplar la salida del agua de los últimos bañistas de la temporada. Las muchachas pisan la todavía cálida arena de la playa para ser recibidas con mimos maternos y toallas de colorines que las cubren como mantones de Manila.

Parpadea el verano. Los árboles, excepto los impúdicos cipreses, recatan como pueden su desnudez prematuramente iniciada. Las flores pierden dimensiones de olor y color. Ya lo predijo el admirado Charles Baudelaire:

*Lejos de sepulturas célebres,
hacia un cementerio aislado
mi corazón, como un tambor con sordina,
va tocando marchas fúnebres*

El paisaje marino se adorna con los verdes y los ocreos de montañas pobladas de misterios. Walter Benjamin es un habitante anónimo disperso, del acantilado sobre el que, en un alarde de travesura, arquitectos adictos a la fantasía levantaron uno de los más bellos y extraños cementerios del mundo.

María Antonia Ricas

Recordando a E. D.

I shall not live in vain,
me murmuró vestida con el blanco
del momento de adiós, de algún papel
extraviado que a nadie preocupa.

Cómo me reconozco en su inclinarse
hasta el silencio del último día
del verano,
cuando me dijo que estuvo escuchando
el grito de los patos
y luego hubo un momento
donde creer en el futuro fue
terrible.

Cómo me parezco a su doble vida
de vela secreta para un amante
que no volvió la cabeza ni dijo

«aguárdame»
y el jardín descuidado de los niños
que ya me ven más vieja que sus madres.

I shall not live in vain,
me murmuró vestida en la virtud
de lo invisible.
Ella llevaba un petirrojo al nido,
yo acerco caracoles
otra vez a sus hierbas.

Cualidad de lo invisible

Debería alegrarme
pues soy de la materia del sonido.
La loza cae
desde un vasar en el otro hemisferio;
alguien habla detrás de las cortinas
y en el templo
la carcoma que insiste,
el viejo fémur cruje sin mostrarse,
un murmullo, la puerta,
la escalera de Bach.

Tu olfato me recibe:
esa paja mojada
antes del sol,

esa alquimia que frota tu mejilla
si el ascensor te invita a su fantasma,
en esa pestilencia
de las cerdas mimando,
en esa multitud de vertedero.

Debería alegrarme con mi noche;
sé lo que sabe el pez
de las Marianas
y sé que la belleza pertenece
al aire denso, ocurre que refleja
la luz.

En el aire caliente donde vivo,
algo que da su música al desierto.

Nos movimos como dos pájaros en llamas

Anne Sexton

Eres la diadema que despeja mi frente
para que me recorra tu mano la cara
pues no se conforma tu pupila afilándose
y te encegueces a propósito,
tan ávido
que me asusta el sexo dormido del naranjo
ahí, en la tierra baja, y que despierte hambriento.

Ya me avisaba Francisco que había
manos con ojos y con colmillos que inflaman
lo que prefieren: lo desesperan, lo dejan
sin alas de tórtola ingenua, pensativa.

Eres una mano larguísima que alisa
mi pelo,
una mano
que mete sin temor su mano en las hogueras
y de diademas humeantes entusiasmo
al carboncillo triste y fin de mi hermosura.

Ahora yo seré revelada.

Nos verán desde lejos arder como faros
y llamaremos viento a este altivo peligro.

Jesús Pino

La conquista abolida

Una ciudad pequeña
engendra mediocres ciudadanos
de espíritus pequeños y ambiciones enanas.

Sólo la envidia es grande
en las minúsculas ciudades.
Y produce monstruosas concentraciones de veneno.

Por esta razón, mi noble y dulce monarca,
os aconsejo que abandonéis
la torpe idea de conquistar esta ciudad pequeña.
No merece el intento
ni una gota de sangre
ni un vaho de sudor.
Pues su destino ya está determinado
por su misma semilla de serpientes.

El cacique

El insigne cacique aprovechó el escándalo
de las hermosas vírgenes cuyas risas herían
la bastarda lujuria de los viejos poderes.

«Ríen como las putas porque son putas», explicó.

Y emitió un edicto
prohibiendo que la belleza fuera testigo de sí misma.
Impuso la máscara y el velo;
desterró la sortija y la diadema;
clausuró el espejo y la ventana.

Y aún así no pudo dominar
el olor a azucenas de las noches
ni el oro de la espiga de los trigos.

Murió el cacique murmurando su odio contra el cielo.

Por eso, mi señor,
vigilad vuestro entorno.
La adulación es vicio
que amarga el corazón de los esclavos
y envenena la luz de las palmeras.

Rafael Vera

Derechos de autor

Érase una vez un hombre llamado Albinus que vivía en Berlín, Alemania. Era rico, respetable, feliz. Un día abandonó a su mujer por una amante joven. Amó. No fue amado. Y su vida acabó en desastre se dijo, un día más, para sus adentros.

Jamás olvidaría aquello. Había supuesto su minuto de gloria. Gloria que no saborearía de nuevo, a pesar de ser casi consciente de la cantidad de hombres y mujeres que al leer aquel nombre le crearían una imagen de carne y hueso.

Es mi nombre, mi aventura, mi biografía. Nada de original tiene para mí; sin embargo, es todo lo que poseo pensó. Lo pensaba constantemente en las últimas cuatro décadas. Nunca había llegado a descifrar esa profunda sensación que le invadía cada vez que recordaba lo estrechamente ligadas que para él habían estado la gloria

y el anonimato.

¿Tenía algún mérito escribir aquello en un papel? Lo ignoraba. Quizás sí; él en ningún momento lo había hecho, y no podía valorarlo. Sabía sólo lo que suponía vivirlo. Y también que, desde el instante en que aquel hombre lo refirió, dejó de ser su crónica para pasar a ser la anécdota del perfil de tantos individuos como lectores tuvieran aquellas líneas.

Con frecuencia se había preguntado sobre el derecho -¿su derecho?- de los habitantes anónimos del mundo, como él, a exigir a los contadores de sucesos la parte proporcional de creatividad sobre las peripecias narradas. Pero qué más daba, él había sido amado y respetado, joven y enamorado. Y no volvería ya a serlo porque alguien decidió que aquella historia no podía tener un final feliz.

Virginia A. Lobos

Perros en un campo amarillo

Aspectos que septiembre recupera
de la melancolía,
esa que conocéis.

Cielo falso azul, mate y quebradizo
y un extraño cansancio absorto allí.

Entre paja dos manchas, lo que estuvo
practicando la magia con el tiempo
pierde clarividencia,
se hace escolar y torpe.

Son ciertas e inquietantes; la mañana
ha levantado el polvo que quería
volar.

Son ciertas
como brazos que arrasan los rastrojos
cuando queman,

y se mueven y vagan, no se sabe
qué instinto.

Amenazarían la carretera,
sanguinolentos bultos
sin silbido,
manchas prensadas, poco a poco asfalto,
después indiferencia
o desviar la vista.

Esos hijos del sequedal asustan,
no se sabe qué deseo.

Esos hijos del polvo y del cansancio.

Altura

Qué pájaro es ese en su pequeñez
que remonta el único límite
de su existencia
y va hasta dónde, absoluto de viento,
buscando una obertura indemne
en la tormenta.

Qué hechizos desprecia y qué certidumbres
de taimados devoradores

cuando parece frágil bajo el trueno
y la lluvia lo zarandea
con su desvarío.

Qué inconsciente de mí, qué aliento puro
de pura flecha que se niega
a claudicar
y no me escucha y desconoce el barro,
la gravedad, las deserciones
de la alegría.

Qué pájaro es ese en su pequeñez
que va hasta donde se consuma
su instinto
y no me mira desde su atalaya
ni se arredra ni se distrae
con mi pregunta.

Día que te pone la cabeza loca

La veleta clava en el viento
su derrota.
Un diablo de hierro ríe
en el campanario.

Este viento que desposee
constancias,
que aúlla

sin ladrido y pretende
irritar las puertas, silbar
en las juntas.

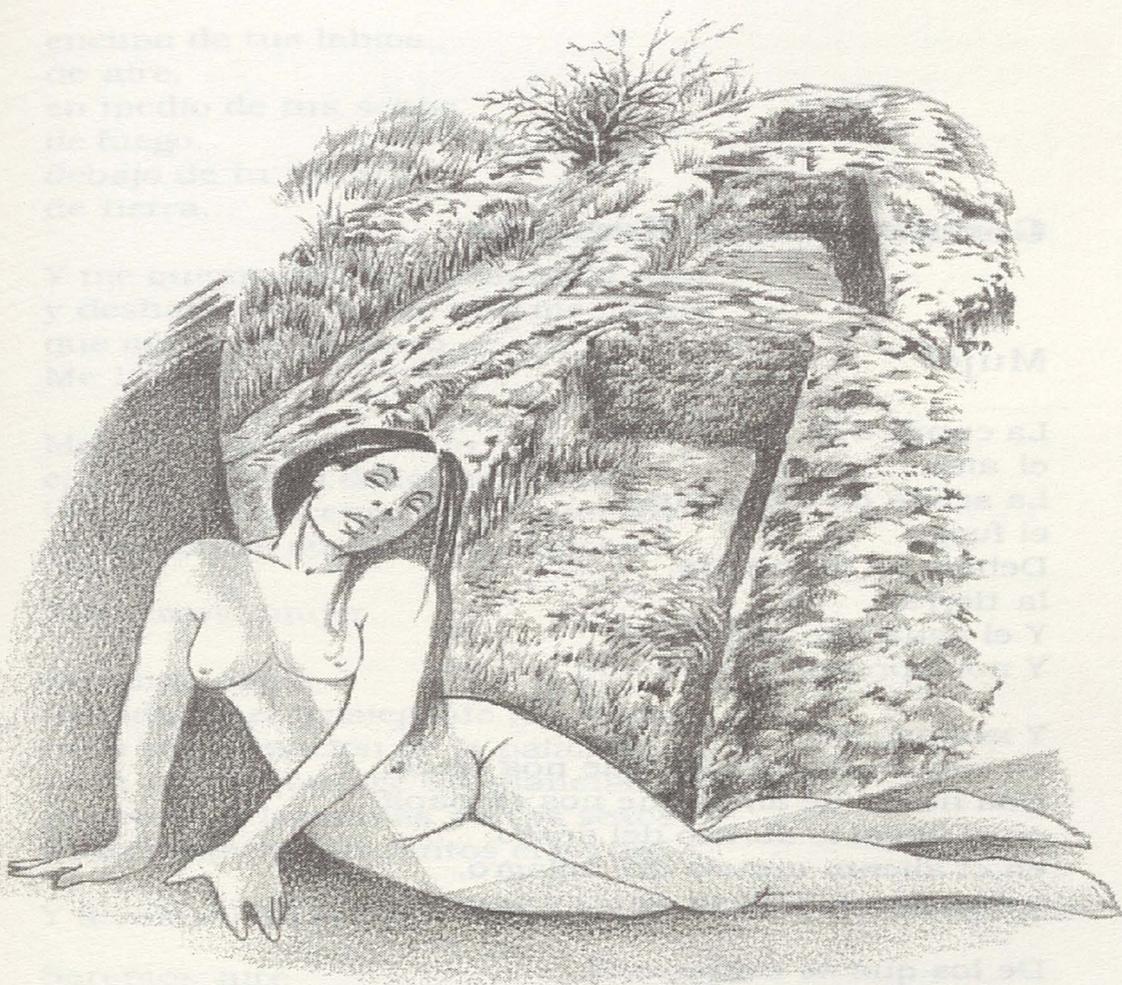
La madrugadora mujer
tiene sumisiones de sábanas
porque el viento las despoja
de una enfermedad
y las asalva
y las empuja a despedirse.

Hojas que el pico del vencejo
escribió para los racimos,
dóciles hojas de abanico
extraviado,
hojas,
cada una de ellas con su blusa
roja y veneciana,
remolino en recreos, niños
que gritan:
*¡mirad, arriba pasa el manto
de una bruja blanca!*
y se arrojan puñados como nieve
sin muertos.

¿A quién
escucha
el viento?

¿Qué melodía le sedujo
y vino de ningún retorno
o de ninguna discreción,
de ninguna pregunta?

¿Y qué come
sino palabras,
breves miguitas que te fui
dejando
tras mi paso
para que tú no me perdieras?



Germán Pinto Recuero

Mujer

La cumbre de tus labios,
el aire.

La senda de tus senos,
el fuego.

Debajo de tu vientre,
la tierra...

Y el agua que nos llama.
Y nos apremia el mar...

Y nos espera
en una noche blanca que nos crece,
una noche de amor que nos empapa
en el angosto abrazo del deseo,
en el aliento oscuro del milagro,
y nos abre la puerta de los mundos...

De los que se conmueven

encima de tus labios...
de aire,
en medio de tus senos
de fuego,
debajo de tu vientre
de tierra...

Y me quemas de lluvia en cada roce,
y deshaces las lindes que me cesan,
que me cortan el paso...
Me limitan.

Mas colmas de absoluto
el hallazgo total de los sentidos,
la saciedad yacente de los cuerpos
en las simas sutiles de las formas.

Y seremos, mujer.

Seremos agua,
hallada en el trasiego de los seres,
en la consumación de la palabra,
en la carne que rige los planetas,
y precede a las almas y a los sexos
cuando apuramos juntos el verano.

Y seremos, mujer.

Seremos aire

que besa el nacimiento de las horas,
el tiempo que se queda en nuestros ojos.

Y seremos, mujer.

Seremos fuego
que deshace el invierno y las escarchas
y refugia en su pecho las estepas.

Serás mía, mujer, hasta la tierra.

Absoluta y total, como la tierra
que guarda generosa su silencio
para arropar la paz de nuestro encuentro.
Para arropar de paz nuestras batallas...

Absoluta y total... serás la tierra.

Oración por César Vallejo

Para Manuel Gil Miranda

Te he encontrado ¡qué solo! esta mañana.
Tomabas tu café. ¿De quién sería
si Miguel se ha perdido en los zaguanes
y nadie se ha pasado a preguntarte
por los trozos calientes de pan fresco?

Te he encontrado ¡qué solo como siempre!

Sorbías tu café como un buen pobre
al que le falta hasta el pesar hermano
de sentirse no libre de pecado,
de su propio pecado y, por si acaso,
los pecados del rico te bebías
en tu humilde café de esta mañana.

Perdónalo, Señor. Estaba solo.

Andaba de hombre solo y de tristeza,
pues los vivos rescoldos de sus ojos
contaban muchedumbres por arenas,
contaban muchedumbres de dolores,
se quemaban de pena y de calvario.

Perdónalo, Señor. ¡Que mucho ha muerto!
¡Que mucho le ha dolido cada tierra!
¡Que mucho le ha dolido cada hombre
y cada sangre amada sin sus brazos!

Perdónalo, Señor. ¿Ha muerto poco?

No es el mar

La muerte no es el mar,
el mar no tiene sombra
que ciegue la salida...

La muerte no es el mar,
porque sabemos
que la muerte se queda en muerte sola,
en muerte a secas, sin volver la cara...,
sin volver la cabeza o santiguarse.

La muerte no es el mar.

No es la caída
hacia el cajón de huesos encerrados,
hacia la urna en negro de cenizas,
o el escueto ciprés que alimentamos
tumbados a la puerta de la nada.

El mar vive de luz,
de fuego y de milagros,
de tormentas azules...
y de calmas,
de infinitos sin cruz...
y de regresos...

Y regresamos... cotidianamente.
Definitivamente.

El mar es el regreso,
el eterno retorno, ola tras ola,
espuma tras espuma, es el naciente
suceso cotidiano que nos crea
y que nos hace, al fin, definitivos.

La muerte no es el mar,
el mar está más lejos...

La muerte no es el mar,
es lo que queda,
el manto viejo que cubrió de tiempo
cada trozo de hora y de nosotros...,
el traje sucio del que nos libramos,
despojados por fin de los despojos.

La muerte no es el mar...,
al mar volvemos.

II

No entiendo
que nos espere el mar después de muertos,
-si es que la muerte existe y nos acecha-
que nos recoja muertos y agotados,
y que rompa la luz que presentimos
cuando su soplo roza nuestra carne.

No entiendo
que nos espere derrotados,
huidos de nosotros, sin nosotros,
arrojados del nombre que nos hizo,
encerrados en ecos que no suenan
y se pudren sin más entre las piedras.

No entiendo que acabemos,
que lleguemos al fin que nos concluye,
a un puerto sin orillas, sin abrigo,
y ahorquemos de la nada nuestra senda.

No entiendo en esta tarde
que nos confunda el mar,
que el mar no nos acoja
en el vaivén sin fin de las mareas,
en la lluvia perenne o las marinas,
en el dulce fulgor de los orientes.

No entiendo
que después de la muerte esté la muerte,
que nos cobije el mar y nos espere
sólo para saber que estamos muertos.

III

He abierto la mañana
para mirar al mar.

He abierto la cancela
para abrazar el mar.

Pero estaba la sombra -era de noche-
y se mojó de negro en nuestro pecho,
se nublaron de nada las pupilas.

La luz quedó talada junto al tiempo
donde acaban de olvido los milagros.

He abierto la ventana
para escuchar el mar...

Me contestaba
con un vaivén oscuro de silencio
en el vacío sordo, y su respuesta
era voz abatida contra el cielo
perforando la duda sus secretos.

He abierto mi ventana
para mirar a Dios.

Y fuera estaba Dios.
Y se vestía
de noche cada vez que lo miraba.

Atardecer

Anochece.
Se me escapan tus horas.

Son ya caricias muertas sin temblor de palabras.
Son ya caricias yertas en olvido aparente.

Esas frías caricias,

ese fulgor opaco
de yerbas en diciembre.

Se me escapan tus olas
como un humo que sufre de lejanos tormentos,
como una niebla escasa, de ligera memoria.

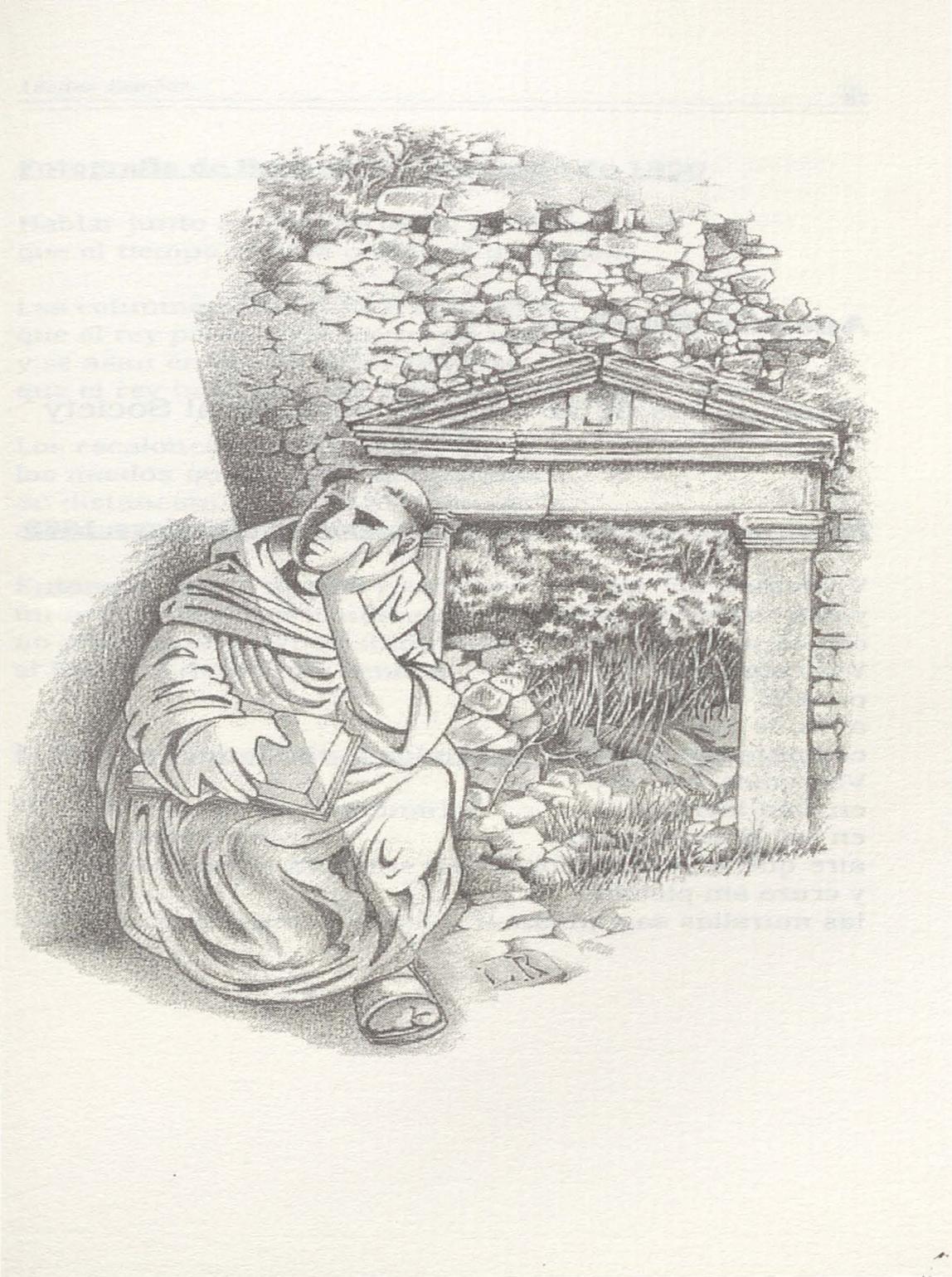
Y se escapan los ríos que nadamos entonces,
y se escapan los labios que rozamos a un tiempo,
y se escapan los sueños que cruzamos a hombros,
si dejamos a solas nuestras dos inquietudes.

Cuerpo a cuerpo navegan nuestras dos alegrías.

Cuerpo a cuerpo transpiran como dos pensamientos,
cuerpo a cuerpo se mecen junto al sol y los montes
cuando el tiempo despierta para hallarnos desnudos,
para hablarnos descalzos
en esa alfombra suave del recuerdo y del agua,
donde a veces fluímos,
donde a veces reímos para huir de nosotros.

Sollozamos a veces por detrás del ocaso,
por detrás de la brisa donde acaban los astros
y se apagan los cielos, y la tierra se agota
igual que una distancia que se esconde despacio,
que se muere de lejos, sin que nadie la sienta,
cuando anochece el alba al pie de nuestras sienas,
y se escapan tus horas.

Y tu yerba en diciembre.



Adelina Esteban

Fotografías de la Royal Geographical Society
(VI)

Pareja delante de su choza en la región del Himalaya. 1863

Viviremos del aire
y nos confundiremos
con la tierra.
Y la cabra y la paja
pueden alimentar
a los de piel tan fina
como una maldición.
Viviremos del aire
en una lágrima,
en un aturdimiento;
aire que quema hielo
y cruza sin piedad
las murallas sagradas.

Fotografía de Benarés en la década de 1890

Hablar junto a los muertos te confirma
que el tiempo es una orilla, es un espejo.

Las columnas del humo frotan telas
que el rey prendió de torres plateadas
y se asan en las piras los tesoros
que el rey besó una vez mientras dormía.

Los escalones bajan hasta el río;
los miedos que tuviste, lamparillas...
Se distancian flotando al sumergirte,
al cubrirte la cara con el agua.

Entonces con el tiempo reconoces
un aroma de muerte silenciosa:
no despedaza cuerpos sino huele
al limo del deseo que renace.

El glaciar Remo Bajo. Cachemira, alrededor de 1915

Ella cree que puede dominarlos
se cree muy sucia,
muy personaje de Madame Oasis.

Les toma sus brazos y ellos se tienden;

la miran como a un lago donde llega
el hielo con su núcleo de lumbre
intacto.

Y les clava en el vientre las agujas
temibles de mujer que vivo sola,
os necesito únicamente para
dormir mejor. Les besa pero hiende
sus agujas,
se deja penetrar aunque poseo
las llaves de mi casa, mi carácter.

En el fondo del lago hay una niña
de haberse despedido demasiado.

Juan Carlos Pantoja Rivero

El móvil

Simón estaba sentado frente al panel que anunciaba las salidas de los vuelos y, de cuando en cuando, levantaba la vista del periódico que leía, para comprobar si su avión tenía ya una puerta de embarque adjudicada, con el temor de encontrar junto al nombre de su destino la palabra *retrasado* o, lo que era peor, *delayed*, con esa forma inglesa que le gustaba tan poco y que, generalmente, se le imponía cada vez que miraba los vuelos con retraso, como si nunca se empleara el vocablo español. Simón tenía un miedo enfermizo a los paneles de destino de los aeropuertos, y siempre pensaba que su avión iba a ser el elegido para un retraso o una cancelación. Sin duda por eso acostumbraba a comprarse el periódico y a leerlo metódicamente, desde la primera a la última página, sin dejar ni siquiera los anuncios, con la idea de que con, esa lectura compulsiva conjuraba a los genios malignos de los aeropuertos, a los extraños seres que

hacían posible que lo que debía funcionar bien funcionase mal.

En medio de su espera, Simón escuchó lejanos los compases iniciales del primer movimiento de la sinfonía número cuarenta de Mozart, con un sonido juguetón y un tanto ridículo que le llevó a buscar presuroso en los bolsillos de su chaqueta, soltando el periódico medio desarmado y arrugado en el asiento contiguo, hasta que encontró lo que buscaba: su teléfono móvil que, una vez en el exterior, dejó oír con más nitidez las notas repetidas e insistentes que Mozart escribiera para orquesta de cámara y algún perverso montador de aparatos de telefonía móvil había enlatado con sonidos de instrumento barato. Simón miró el pequeño objeto sonoro que había sacado de su bolsillo y luego desplegó una pequeña tapadera por la que comenzó a transmitir su voz, una vez detenido el reclamo de la música.

-Dime -se había acostumbrado a tutear a todo el que le llamaba al móvil, aunque en esta ocasión no fue capaz de identificar el número del emisor, que se representó en la pequeña pantalla de su aparato al mismo tiempo que la musiquilla de Mozart.

-Ya te imagino en el aeropuerto, desesperado, delante de los paneles de los vuelos, ¿a que no me equivoqué? -dijo la voz del comunicante, un hombre, en cuanto se le dio opción de hablar.

-¿Quién eres? No te reconozco -confirmó Simón poniéndose en pie y comenzando a dar pequeños paseos, con la cabeza baja y la mano izquierda hundida en el bol-

sillo del pantalón, como si le pesara enormemente.

-¡Quién voy a ser! ¡Pues no estás tú despistado ni nada! ¿A qué hora sale el vuelo? - preguntó el otro entre risas divertidas.

-A las siete y cuarto -contestó Simón un tanto pensativo, intentando identificar a su interlocutor y maldiciéndose por no ser capaz de ello. Siempre le fastidiaban los graciosos que venían con adivinanzas por el teléfono, entre otras cosas porque era un negado para reconocer las voces, sobre todo si se trataba de personas con las que tenía poco trato. Le preocupaba, además, dar una imagen de despegado o de poco atento, en la certeza de que el no identificado pensaría que él no le estimaba lo suficiente como para reconocer su voz por teléfono. Más de una vez, Simón se encontró con la desagradable sorpresa de que esa persona a la que no acababa de poner nombre era un amigo cercano o la chica con la que salía en esos momentos, y entonces no era capaz de encontrar la disculpa más adecuada a su estupidez: al final, terminaba poniéndose en evidencia y, a veces, discutiendo con quien le había llamado.

-¡Te queda casi una hora! ¡Anda, vete a la cafetería y tómate una tila, Simón, que no van a anunciar tu avión antes porque tú estés mirando continuamente el panel de vuelos! -la voz del que hablaba sonaba autoritaria a través del pequeño aparato que le servía de intermediario con Simón, y éste, que continuaba con sus paseos cortos al lado de las sillas de plástico de la sala de espera, intentaba poner rostro a su interlocutor, en vano, sin

dejar de mirar profundamente al suelo que pisaba, como si buscara la respuesta a sus preguntas debajo de las baldosas.

-No necesito una tila, estoy muy tranquilo, ¿sabes? -dijo Simón, sin indagar más en su enigmático comunicador, y un tanto molesto por el tono de las palabras de éste. En las sillas había varias personas sentadas cuyas piernas eran lo único que veía Simón, con esa persistente inclinación de cabeza que adoptaba siempre que hablaba por el móvil.

-¡Bueno, bueno, no te enfades! -oyó decir al otro, con una clara suficiencia que ocultaba una burla a duras penas disimulada.

-Oye: por más que rebusco en la cabeza no logro saber quién eres, tío. Dímelo ya, que ya está bien, ¿no? -dijo contundentemente Simón, convencido de que el gracioso de las adivinanzas accedería a esta petición. Mientras esperaba su respuesta, levantó la mirada y se detuvo, expectante, colocando su mano izquierda en la cintura. Paseó la vista por el panel, donde aún no aparecía la ubicación de su avión, y luego miró a dos o tres puntos concretos: un joven que bebía una coca-cola cómodamente sentado en una de las sillas que había frente a él; unas piernas de mujer cruzadas en otra silla cercana, con unos muslos exuberantes que se perdían bajo la falda; un tipo peripatético que hablaba por un móvil, como él mismo, al otro extremo de la sala de espera, sonriente y, al parecer, muy contento. Simón se quedó mirando a este último.

-¡Cómo no vas a saber quién soy! Mira: no te lo voy a decir; lo tendrás que adivinar -a Simón le pareció que el tipo que hablaba en el otro extremo de la sala de espera movió los labios cuando empezó a hablar su interlocutor.

-¡No estoy para juegucitos! ¿Vale? Si no me dices quién eres, cuelgo ahora mismo -dijo un tanto harto de la absurda conversación que estaba manteniendo con una persona anónima y estúpida, que se empeñaba en jugar a las adivinanzas y que no le había dicho, tampoco, cuál era el motivo de su llamada. Los ojos de Simón estaban ahora pendientes del otro hablador lejano, al que se había acercado tan sólo un par de pasos: la idea absurda de que fuera él el que le llamaba revoloteó un instante por su cabeza.

-No te pongas así, hombre, tampoco es para tanto. Venga; di quién soy, si no es tan difícil -Simón terminó de escuchar este último mensaje y cerró la pequeña compuerta de su teléfono, dando por concluida la conversación, con un gesto rápido que recordaba al que se emplea para tocar las castañuelas. Luego se guardó su teléfono en un bolsillo de la chaqueta y miró al hombre que hablaba en el otro extremo de la sala de espera: éste miraba extrañado su teléfono, como si no funcionase o le hubieran colgado inesperadamente. De nuevo pensó Simón que aquél debía de ser el que le había llamado, lo que le llevó a coger su periódico de mala manera, arrugándolo más aún, y su pequeña bolsa de viaje, para acercarse a ese

hombre. Al agacharse a coger la bolsa, los muslos carnales de antes ocuparon el espacio visual de sus ojos, y Simón se entretuvo unos segundos en su movimiento.

Cuando inició la marcha hacia el lugar en el que había visto al otro hablador, éste ya no estaba allí, por lo que Simón se vio obligado a acelerar el paso, con la esperanza de ver al que buscaba en uno de los pasillos que conducían a la cafetería y a las *duty-free shop*. Lo que vio cuando llegó a ese punto fue un trasiego continuo de personas, a uno y a otro lado, que caminaban despacio, contemplando los escaparates, muchos con una bolsa similar a la que él llevaba colgada del hombro izquierdo. Entre tanta gente le resultaba imposible localizar a su hombre, cuya única referencia clara era que hace unos momentos estaba hablando por un teléfono móvil; ni siquiera se había fijado en el color de la ropa que llevaba puesta. No podía negar que la llamada de antes le había alterado los nervios y había acaparado toda su atención, hasta el punto de hacerle olvidar que estaba esperando el anuncio de su avión. En cuanto recordó esto buscó por todas partes uno de los monitores de televisión que indican la lista de vuelos próximos, y vio que el suyo ocupaba ya uno de los primeros lugares en la pantalla, aunque seguía sin tener adjudicada ninguna puerta de embarque. Miró su reloj y vio que faltaban cuarenta y cinco minutos para la salida del avión, por lo que decidió entrar en la cafetería y tomarse una tila, para combatir el nerviosismo que le había producido la llamada anónima. En cuanto tomó el

primer sorbo de la tila, tras soplar insistentemente el líquido para no quemarse, Simón volvió a escuchar de lejos la sinfonía cuarenta de Mozart, comprimida y repetida insaciablemente en su teléfono móvil. Soltó la taza y sacó luego del bolsillo el pequeño aparato, cuya pantallita volvió a mirar antes de abrir la tapadera y hablar.

-Dime -dijo otra vez, con una voz cansada.

-Seguro que ya te estás tomando la tila, ¿no? Si ya te lo dije antes: verás como eso te relaja -escuchó Simón que decía la misma voz de la llamada anterior. Un calor desagradable subió por su cuerpo, indicándole que el miedo se apoderaba de él. Reunió las fuerzas que le quedaban antes de hablar.

-¡Joder! ¡Ya me estoy cansando de ti, mamarracho! ¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz, coño? -Simón se percató de que había elevado demasiado la voz cuando vio que un par de camareros y los clientes más cercanos a él volvían la cabeza para mirarle. Entonces moderó el volumen.

-Si te aburres, llama a tu padre, que seguro que a él le hacen gracia tus tonterías.

-Siempre tan desagradable, Simón. ¿Todavía no sabes quién soy? -preguntó el otro hombre.

-¡Un gilipollas, sin ninguna duda! -dijo entonces Simón, antes de beber otro sorbo de tila que le abrasó la lengua y le hizo torcer el gesto a causa de la quemazón. El malestar que esto le produjo, unido a los deseos de quitarse de encima al inoportuno hablador, le movieron

a cortar otra vez la comunicación, pero cuando iba a hacerlo volvió a oír al otro.

-Gracias por los cumplidos, Simón, pero tú siempre te has hartado de decir que lo bueno del móvil es que te permite estar localizado en todo momento, ¿no es eso? Pues no veo que te haga mucha gracia que se te pueda localizar.

-¿Quién coño eres, imbécil? Dilo ya de una vez, que maldita la gracia que me hacen tus adivinanzas -dijo con malos modales Simón.

-Alguien que necesitaba localizarte en este momento -afirmó el comunicante anónimo.

-Pues ya me has encontrado. Dime qué quieres y quién eres.

Al otro lado se produjo un silencio espeso y prolongado, en el que Simón no se encontraba a gusto. Mecánicamente miró a su alrededor, como si sospechara que una presencia extraña se acercaba a él: vio tan sólo el movimiento habitual de la cafetería, las gentes con sus bolsas de viaje, algunas personas consultando su billete de avión. En el exterior, tras la cristalera del local, parado frente a una pantalla de fondo azul intenso con letras blancas, un hombre hablaba por un móvil, como antes. Simón terminó su tila, que ya no estaba tan caliente, y se dirigió a él, acompañado del extraño silencio de su teléfono. El hombre no hablaba, se limitaba a sostener el móvil muy cerca de la oreja, mientras miraba el televisor que anunciaba los vuelos próximos. Simón tuvo la

certeza de que era él el que le llamaba, y sólo pudo des-
echar esa idea cuando estuvo a dos pasos del sospecho-
so.

-No soy ese hombre al que te acercas -oyó que le
decía su comunicador, rompiendo el silencio de piedra
que había mantenido desde hacía unos segundos y pro-
duciendo a Simón un escalofrío prolongado y desagrada-
ble. Éste, sin embargo, pudo ver cómo el individuo que
tenía tan cerca movía entonces los labios, al mismo tiem-
po que él oía la voz por el móvil; incluso percibió la coinci-
dencia entre las palabras de su interlocutor y las del otro,
parado ante la pantalla azul. Asustado, miró hacia atrás
y pudo ver, en el otro extremo del pasillo, a otro hombre
hablando por un móvil. Sin contestar a las últimas pala-
bras que había escuchado, Simón se dirigió a este nuevo
hablador.

-¿Dónde vas ahora, Simón? ¿,Qué te hace pensar
que yo soy ese tipo hacia el que te encaminas? Deberías
tranquilizarte. ¿No te ha hecho efecto la tila? -la voz del
anónimo comunicante se le antojaba insistente y vacía
a Simón, que no podía entender lo que le estaba ocurrien-
do. Sin contestarle, continuó caminando hacia su desti-
no, con el móvil pegado a su oreja y la mirada puesta en
el hombre que hablaba al otro lado. Antes de llegar junto
a él, vio a su derecha a otro individuo con un teléfono,
seguido de tres o cuatro más, cada uno ocupado, al pare-
cer, en su propia llamada, ajenos entre sí, mezclados con
la gente que poblaba los pasillos de la zona internacional

del aeropuerto. Simón decidió hablar cuando estuvo cerca de su objetivo:

-¿Dónde estás? -preguntó sin dejar de mirar al hombre que tenía enfrente y que ahora le miraba también-. La broma se está haciendo muy pesada, ¿no te parece?

-Muy cerca de ti; estoy muy cerca de ti -dijo la voz del otro, que esta vez le sonó a Simón más extraña, como si estuviera dotada de un eco múltiple que no supo asociar con nada. Miró hacia atrás con rapidez y se encontró de frente con cuatro hombres desconocidos que hablaban por un móvil, colocados horizontalmente ante él: le pareció, por un momento, que en todo el aeropuerto no había nadie más que él y esos cuatro habladores.

-Ahí no: detrás de ti -oyó entonces que le decía su móvil al mismo tiempo que los cuatro hombres movían los labios y decían las mismas palabras. Pudo ver Simón que los cuatro eran idénticos, como si fueran cuatrillizos. Luego se volvió a mirar a su espalda y se encontró con otras cuatro réplicas exactas de los que quedaban ahora tras él: se sentía acorralado, aprisionado en un punto impreciso de la línea telefónica, detenido en un lugar sin tiempo por imperativo de su móvil. Además, las ocho caras repetidas que tenía a uno y otro lado le resultaban desconocidas-. Lo que tú dices, Simón -volvió a hablar el otro a través del teléfono, al mismo tiempo que los ocho hombres clónicos-: con el móvil cualquiera te puede localizar en cualquier momento del día; no hay otro invento más práctico, ¿verdad?

-¿Quién eres? -gritó desesperadamente Simón, atrayendo todas las miradas de los viajeros en espera, que le observaban como a un ser extraño, parado en medio del amplio pasillo, con el teléfono móvil en la oreja y mirando a todas partes con desesperación. -

-Yo, ¿no me conoces? -dijo el otro, un momento antes de que Simón volviera a interrumpir la comunicación con el mismo gesto rápido de la vez anterior, cerrando el teléfono como si tocara las castañuelas. Miró entonces a sus ocho perseguidores y no los vio: habían desaparecido como por ensalmo. Volvió a caminar, nerviosamente, y se detuvo tembloroso ante el panel de los vuelos, donde vio por fin la ubicación de su avión. Mientras se dirigía a la puerta de embarque, la música de la sinfonía número cuarenta de Mozart sonó de nuevo en su bolsillo, insistente y repetida, macabra y terrible, como si fuera el aviso constante de lo inevitable, la llamada postrera de lo desconocido.

Jesús Rubio

Antología de Marasmo(III)

LETICIA RISO (1973): La última de una saga familiar de notables marasmeños de origen italiano. En su familia ha habido banqueros, políticos y militares. Ella parece preferir dedicarse a las flores, a juzgar por su único poemario publicado hasta la fecha: *La greca de la Savia* (1995).

QUIÉN compadece al sauce?
¿Quién presta hombro amigo
a su melancolía?
¿Quién? ¿No ha de haber
[nadie?

Su discreto llanto:
encontrará la dicha
de encender un aliento
o alumbrar un latido?
¿No tendrá tan siquiera,
el apacible goce
de aliviar al exhausto

de aliviar al exhausto
peregrino aéreo
que, estío tras estío,
me retorna el arroyo
templado de tu voz?

RETRAÍDO, el Olivo
marinero del rojo
dueño de mis infancias,
sólo ríe en noviembre,
cuando las madrugadas
voces de jornaleros

acarician su cuerpo
y dedos cirineos,
expertos en desdenes,
alivian la trigada
carga que le doblega.

¡CONTEMPLAD a la intrépida
amapola que doma
los caminos y cerros!
¡Ved como su perfil
dibuja terciopelos
en ocres y amarillos!
Amigos: ¡Observadla!
Decidme: ¿Hasta cuando?
¿Qué día embridaremos
las leves melodías
que alaban a la rosa
de petulante pétalo?

MADRE acacia que besas
los cielos palpitantes
en los que gateaban
los ecos del reloj,
no me abandones, ruega
a tus dedos que tornen
el goce de los días
de la invasión trigada.

PROLETARIOS geranios,
camaradas de soles
donde maceran, pírricas,
cotidianas victorias,
con los dedos bañados
en ira yo os digo:
compañeros, ¡Uníos!

BAJO el sudor de agosto,
un solemne eucalipto
derrama sus saetas.
Mientras paso revista
a todos tus destellos,
que vientos calendarios
me expoliaron, su voz
o bálsamo de menta,
cicatrizo mis lágrimas.

EL demudado rostro,
los devastados dedos,
me preguntan ahora
si alguna vez fui digno
de ser digno de algo.
Un párvulo jazmín,
milagro que se abre,
me niega la respuesta.
Pero enhebra un latido.

YA se fueron los días,
jornadas de limón,
en las que robles manos
doraban con aceite
las plácidas columnas
de la aspidistra. Ya
sin dientes, trasterrada,
reza por el regreso
de la dama de los ojos
tintados de holocausto y
raso en sus caricias.

PERDONADME, naranjos,
por aquellos atroces
tiempos en que mi dicha
despreció vuestra ofrenda,
paseándola en busca
de un aplauso infantil.

«UN jaramago lacio».
Así me definían
pues ya doblaba el viento
erales voluntades.
El coyote del tiempo
terminó de exprimirlas.
Con el abrigo ocre,
peregrino entre yedras

cazadoras. Sí, soy
un amago de jara
que, harta, se detiene
al borde del camino.

NO la reconocí.
Ni su luz, ni su cal.
Pero se desnudaron
los helechos, tramoya
de agua de aventuras
de azúcar. Olvidé.
Borré la vieja casa
del bosque del recuerdo.
Hasta que una espora,
argamasa de agostos
cansados, dibujó
cigüeñas en la torre.

REMEMORAN los álamos
tu mar y tus almenas.
Susurran entre sí,
alados, se cimbrean,
y retan a los vientos.
No les cerca el ardor
de inquirirle a las aguas
por estrellas rivales:
esta escolta tan leve
es hierro en tu defensa.

¡QUÉ tristes los rosales,
atlas de tan soberbia
corona que al cadalso
entrega sus legiones
sólo por ser cauce
de necios universos.

NO veo en ellos sino
la discreción sublime
de su sombra, el verde
metal de la templanza.
Plátanos de soles
como gatos crecían
en mi jardín de moscas.
Veo una brizna, dócil,
de suficiencia. Al cabo,
ellos fueron testigos
de persas vanidades.

UN prodigio de pinos
creció en el estómago
de la ciudad: la magia
de los urbanos planes.
Un palacio de piñas
doblegó contra todo
la espalda de los niños.
Aquellos timoneles
del junco de las nubes

todavía hoy arrían
sus velas al nombrarte.

PIRUJA enredadera:
no doblego la envidia
que brota de mis sienes
al verte acariciada
por las cales, papiros
en los que el sol escribe,
dardo a dardo, respensos
de alientos magullados.
Posdata: te conmino
a que envaines tu abrazo.

UN canto en el arriate:
la feliz yerbabuena
asoma sus legiones.
Fue torturada, ajada
y devorada. Pero
su melodía desdeña
panteones ilustres.
Y ahora, se corona
doncella del jardín.

ACÉRCATE más a ella.
¿No escuchas los quejíos
de la raza plomada?
¿No te cuenta la encina

cómo miles, millones
de canciones sonámbulos
vistieron estas tierras?

FUE trabajo de santas
ser palio de mis juegos.
Y a fe que te entregaste.
Se ajaron tus zarcillos,
los panales brotaron,
lloraron tus sarmientos.
Y no te derrotaron
ni matronas, ni reinas.
Amada parra, madre...

EL trébol estudiante
me decía que los libros
no eran sino estafas.
Pasaron muchas nubes,
y ahora que le evoco,
en su trigada cátedra,
mi corazón pregunta
si alguna vez robé
la mora de tu risa.

LA música silente
tañida por tus manos
amansaba a la luna.
Dama, hoy damisela,

daga forjada en noches
aterradas de historias,
te veré renacer,
domadora de armiños
que danzan en mi alma.

RECUERDO blancos muros
y un malva corazón,
y el grito del café
cuando el sol se embutía
su pijama. De aquellas
tardes de mansedumbre,
avispas y galletas,
conservo -cortesía
de un asno que llamamos
calendario- el sabor
que abría en mis costillas
el ojo isabelino
que en plata llaman dalia.

CANSA hacer la luz.
Amigos girasoles:
no es sino castigo
la gracia que os donaron.
Hace tiempo, mis labios
eran hieles de envidia,
hoy, prefiero, lo siento,
pecar de concubina
con nieblas y con nubes.

QUE llevas a Caín
 en las mejillas dicen
 de ti las Escrituras.
 Es sencillo dejarte,
 abrojo, de valientes
 ademanes clarines,
 a la maledicencia
 de los maizales. ¡Cómo
 si alguno caminara
 huérfano de demonios!

TRES veces me negó
 la yedra tu belleza.
 Pero fue condenada
 a cortejar la luz
 y no tocarla nunca.
 No te temo, ciprés,
 no te me envalentones.

Pues un día serás
 quedo faro que guíe
 a todos los timoneles
 del aire hasta el fin
 de mis huesos, que, márti-
 [res,
 de la vida, una vez
 hasta se enamoraron.

LA sangre de un dibujo,
 clavel de las mil dagas,
 moldea tus perfiles.
 Me enseñaron a amarte
 con ardores de víctima,
 pues es tu carrusel
 de pétalos, dijeron,
 hace tiempo, las voces,
 la greca de la savia.

DOCTOR OCTOPUS: Es el seudónimo de Óscar Lieber (1953), nacido en Marasmo pero de padres de origen alemán. De joven marchó a vivir a Nueva York con familiares paternos que poseían una notable cadena de lavanderías. Lieber recibió una buena formación y pese a ello, o quizás por ello, se ha convertido en un notable defensor de la cultura de masas -novelas pulp, comicbooks, telefilmes, películas de serie zeta- escribiendo numerosos artículos y ensayos defendiendo enardecidamente todos estos subproductos. En 1983 publicó un librito de *haikus* titulado *El Hombre Araña contra la Sociedad de los fariseos* y editado por la editorial Kubert and

Kubert, dedicada a la edición de tebeos de superhéroes enmascarados y en slíps, como Capitán Ozono o el Increíble Hombre Guisante. En dicho librito, rinde tributo a todos su héroes de infancia. Reproducimos aquí un puñado de ellos, además de algunos blues inéditos y su traducción de la Conversación con El Bosco del malhadado Abraham Klimowitz.

LA MUJER PANTERA

Es en los ojos
de la víctima donde
existe el miedo.

SUPERMAN

¡Invulnerable!
Dime, pues, donde está
tu valentía...

BILLY EL NIÑO

Yo no sería
nada sin el cobarde
sheriff Pat Garret.

BATMAN

Se viste el odio
muchas veces con piel
de Justicia.

GALACTICA

Es el camino
el único secreto.
El resto: nada.

DOC SAVAGE

Hombre de bronce
de cabeza perfecta.
Aterrador.

DAREDEVIL

Yo te adivino
gracias al viento. ¡Qué
gran confidente!

(COMO ÓSCAR LIÉBER. 'BLUES'. Inédito)

BLUES DEL SICARIO DE HIDRA

SOY EL TÍPICO TIPO AL QUE EL HÉROE
despacha con un sólo puñetazo.
El dibujante apenas me dedica
cuatro trazos y nunca tengo frase.
Ni tan siquiera pueden colgarme
la tan noble etiqueta perdedora.
Mas detrás de cualquier hombre se esconde

historias anegadas por las lágrimas,
historias que en sus ojos se adivinan.
Por supuesto que yo tengo la mía:
la patria me obligó a asesinar
a cientos de personas en países
cuyos nombres no puedo recordarlos.
Sólo una cosa obtuve como pago:
mil miradas borrachas de desprecio.
Y con un corazón al que tan sólo
la cólera hacía palpar
no puede ser extraño que abrazara
la promesa iluminada de la Hidra.
Y no quiero que nadie me comprenda:
«Pobre hombre, es tan sólo un loco».
¿Loco? Sólo quizás equivocado,
con el Norte cambiado. En el mundo
el Norte puede ser cualquier lugar.
Es el consejo póstumo de un tipo
que el héroe despacha de un plumazo,
que el dibujante apenas le dedica
cuatro trazos y nunca tiene frase.

BLUES DE LA MUERTE DE GWEN STACY

CUANDO NIÑO SABÍA QUE AL FINAL
la fantasía vence toda muerte.
Por eso no lloré nunca la tuya,
Gwen Stacy. Después el dictador
al que llamamos tiempo me mostró

el verdadero rostro de la vida:
que nada pasa, todo queda y duele.
El recuerdo no es bálsamo, es veneno,
así la herida sangra más ahora
y duele el corazón al recordarte
sin vida junta al puente con la risa
del Duende destrozando las mejillas
de una ciudad nublada por el llanto.

BLUES BLUES

A VECES LA TRISTEZA VA Y ME RETA
a jugarnos la tarde a los chinos.
Reconozco que trato de engañarla
con mi surtida caja de despistes.
Soy muy tonto pues siempre me adivina
las monedas que escondo entre mis manos.
Con cajas destempladas desalojo
a esta compañera tan fullera
y trato de ganarme a las nubes
para que la vez próxima me soplen
los ases que se guarda mi enemiga.
Tengo muy mal perder, lo reconozco,
mas con tanto «cinco con las tuyas»
a este torpe trilero se le olvida
que hace un mes le dejaste desolado.

BLUES DE HERNÁN CORTES

Hernán Cortes tuvo una noche triste.
Hernán Cortes tuvo una noche triste.
Hernán Cortés tuvo mucha suerte.

BLUES DEL POETA

Lloraba el poeta lloraba.
Miraba su poema y lloraba.
Lloraba el poeta y decía:
-Me estoy volviendo inteligible.

BLUES DEL FANTASMA COTIDIANO

Pues ya me ven, ustedes, aquí
sigo, en este dulce descalabro,
persiguiendo al burlesco
fantasma cotidiano.
Pues ya me ven ustedes, aquí,
sigo, feliz y descalabrado,
intentando dar con ese gusarapo.
Ése que todo lo sabe y todo lo oculta.

BLUES DEL CULPABLE

Una guerra la empieza
quien la empieza,
por más que todos seamos inocentes

bajo las bombas.
Como una guerra la empieza
quien la empieza
repartamos las cartas credenciales.

BLUES A CATULO

Reírse, oh Catulo, es caritativo.
Reírse, oh Catulo, es piadoso.
El enemigo no existe entonces.
Reírse, incluso, es laxante.
Reírse, voy más lejos, es antipirético.
No tenemos enemigos entonces.
La risa es, Catulo, comprensiva.
La risa humaniza y significa.
¿Quién puede decirse enemigo entonces?

BLUES DE LA GAVIOTA

Observa cómo engulle el horizonte
aquel audaz velero de recreo.
Escucha cómo graznan las gaviotas.
No es bello, que se diga, ese sonido
La vida cualquier día nos deglute
igual que le sucede al blanco barco.
Graznarán las dichosas gaviotitas
y los habrá que digan: «Bello canto».

CRISPIN PERAMATO (1945) Inolvidable el nombre, no sabemos si lo mismo el poeta. Ha editado varios libros, siempre a la sombra de alguna institución. Esta es una selección de su obra:

RITMO

¿Y si nuestros latidos
no fueran sino acentos
de un eterno poema?

ANHELO

Mis licántropos dedos
añoran tu morada.

NOTICIA

París. Agencias.
Un escritor
ha sido hallado
muerto en la calle
por dos perplejos
gatos turistas.
«Ataque agudo
de eternidad»,
según la autopsia.

CONFESIONES ENTRE UN OBRERO Y SU AMADA

«Querida, debo decirte,
que tu amor en mí provoca
rotura de ligamentos
cruzados.»

DE COMPRAS

Después de pensarlo mucho,
entré en los decomisos.
Pregunté si había algún
corazón de contrabando.

EL COLECCIONISTA

Tengo un álbum repleto de derrotas
de todos los colores y tamaños.

GUERRA

Las miradas siempre me vencieron
ya desde los albores,
y pese al recio auxilio
de síes samaritanos y desdenes,
ya soy general, triste y laureado,
ahora que, me dicen, soy feliz.

EL POETA

Todo verso es la historia de un fracaso,
pues ninguno podrá
atrapar con sus dedos a los vientos.
El amor volverá a hacernos trampas.
Es preciso que callemos las voces
o que un samaritano las acalle.

FE

Algo me dijo:
ahora o nunca
y di el gran salto.
No siento vértigo
en la caída,
sólo cansancio.

PROMESA

Descubriré los ríos que te abrazan
cuando la oscuridad salude al puerto.
Mis dedos remarán con tus suspiros
para así escapar de la tormenta.

DIÁLOGO ENTRE ANCIANOS

«Einstein dijo una vez

que de haberlo sabido
se habría dedicado a los relojes»,
dijo un anciano, grave.
Y respondió otro,
de dientes en desbandada:
«En este mundo
sólo los relojeros saben».

ECONOMÍA

También la derrota tiene sus monedas
con las que salda deudas ancestrales.
Exige un intercambio de rehenes
y no conoce bandos.

Damián García Fente

Cae la tarde (calipso)

Carmen se recostó tras la puerta, mientras se tapaba a duras penas la boca para que no se le escuchase la risa que pugnaba por escapársele de la garganta. La señora Petra, la del tercero izquierda, siempre le hacía reír. No faltaba tarde en que no viniese a pedirle una tacita de algo: azúcar, aceite, sal, un par de pimientos... hasta un día llegó a pedirle un par de medias. Era una verdadera gorróna, pero ¡qué caray! le caía francamente bien. Siempre le contaba los chismes de ultísima actualidad de la vecindad, era un verdadero noticiero andante; y, además, para qué negarlo, su desparpajo y su contagiosa vitalidad le encantaban. Miró a través de la mirilla y la vio alejarse acezante hacia su puerta, mientras rebuscaba, rezongando como siempre, en el bolsillo de su mandil las llaves. Carmen se volvió. Aún era pronto para que él llegase. Se dirigió a la salita en semipeumbras. El resol pretendía introducirse por entre las rendijas de la persiana, mientras los visillos canaliza-

ban los hilos luminosos que se posaban sobre los vetustos muebles castellanos. El jilguero ejercitaba trinos inacabados y arriesgados más propios de un inconsciente aprendiz que de un intérprete consumado. Fue una buena idea la que tuvo Carlos, cuando se lo regaló. No requería mucho cuidado y a cambio ofrecía grata compañía... Y eso que ella no mostró en un principio mucho entusiasmo al ver al pajarillo aprisionado en una jaula tan pequeña. Se sentó sobre la mecedora y se dedicó a coger el punto de alguna de sus medias, siempre propensas a iniciar una carrera hacia el abismo del talón. El reloj anunció las seis de la tarde. Ya faltaba un poquito menos. Introducía su mano por la suave malla de la media. El tacto de la lycra le agradaba, le recordaba las manos de Carlos, siempre delicadas aún en su aspereza, recorriéndole el mapa de su cuerpo, descubriendo con sus yemas sus valles y montañas, horadando como esforzado minero las cuevas llenas de tesoros de su anatomía, siempre afanado cuan silencioso y aplicado entomólogo ante una mariposa que le absorbía su atención. Mira qué era tímido, siempre ocultando sus manos, avergonzándose de ellas, cuando eran su verdadera tarjeta de identidad. Rudas pero tiernas, manos callosas que se habían hecho a sí mismas en el trabajo duro, manual, antes de llegar al burocrático que ahora desempeñaban con semejante destreza. ¿Te acuerdas del día en que os visteis por primera vez en la cena navideña de empresa? Él iba como siempre, con su impecable traje marengo, y

sus gafas de moldura dorada, tú, para aquella ocasión, te habías puesto un traje de gasa negro, corto, con volantes verde botella en las mangas, un tanto llamativo y, por qué no, un punto provocativo. Vuestras manos tropezaron con el camarero, más en concreto con la única copa de champán que aún quedaba libre. Esa fue la primera vez que sentiste aquella mano que luego sería la dueña de tu cuerpo y de tu vida durante estos últimos dos años. Enseguida os aislasteis en una conversación sin fin. Ya no recuerdas lo que le dijiste, seguro que algo tan torpe como cuánto llevabas en la empresa o que era maravillosa aquella fiesta. Él se burló, irónico pero siempre galante, señalándote que era tan aburrida como las de los años anteriores. Luego os sentasteis juntos, sin hacer caso de los demás. Tú estabas en una nube, te sentías el centro del mundo, pero pronto fuiste expulsada de aquel efímero paraíso cuando te enseñó la foto de Laura, su mujer, y de sus dos niñas rubias preciosas jugando en la arena de la playa. Sin embargo, ¿te acuerdas?, la sensación de querer morirte fue pasajera; rápidamente te olvidaste de lo que te había dicho y continuasteis hablando entre plato y plato, y más tarde entre copa y copa, ajenos a los bailoteos alocados de los demás. Esa misma noche hicisteis el amor por primera vez, frenética, urgentemente, a escondidas como dos adolescentes, en su automóvil último modelo recién comprado. Te sentiste halagada, tú lo habías estrenado y no ella. Eso significaba algo. Aquella primera vez te sentiste suya y él de ti, aunque

no fuese el mejor sitio para amarnos. Y así llevabais todo este tiempo furtivos, al principio en el coche, después en algún motel de carretera lejos de la ciudad, hasta que tú decidiste comprarte ese piso y convertirlo en vuestro refugio. Siempre tenías la sensación de que él era un náutico que llegaba a tu costa, donde tú eras la diosa que gobernaba con celo y amor sus posesiones, y que tras pasar una temporada contigo la nostalgia de su casa y de sus hijas supondrían una llamada inevitable que él no podría acallar, quedándote tú al final sola para siempre... ¡Vaya, esta media la tengo que tirar, ya no se pueden coger los dichosos puntos! De un canastillo, cogió una madeja de lana de angora blanca. Le iba a quedar que ni pintado. Se lo pondría sólo para él, sin nada debajo, como siempre le había gustado. Hoy iba a ser el día definitivo, seguro que hoy darían el paso que tanto había esperado... Y eso que ayer... Menos mal que le duraban poco los enfados. Ella temía sus prontos, le aterrorizaban. Para evitar habladurías y enfentamientos había abandonado la empresa y su labor como traductora le permitía tener más tiempo para él. Sí, le esperaría sólo con el jersey, sentada con las piernas desnudas abrazadas sobre su pecho. El llegaría abatido, con un ramo de flores, ¡seguro!, aunque hacía tiempo que no le regalaba nada. Se sentaría en su sofá, reposo del guerrero agotado. Ella, seductora, se sentaría sobre el brazo del asiento, le abrazaría suavemente, para no agobiarle, le quitaría las gafas muy despacio y le besaría los párpados, cerrados por el cansancio,

le mesaría sus plateadas canas, le rozaría con sus uñas la comisura de los labios...

La tarde explotó en un tenso silencio. El jilguero se sumió en un espeso mutismo contagiado por la atmósfera opresiva que se cernía. La mujer levantó sobresaltada la cabeza. ¿Qué hora era? Notó que toda la armonía de vida y paz a su alrededor había quedado paralizada por algo sin nombre, próximo al paroxismo, como si el tiempo alrededor también se hubiese detenido. Una súbita congoja comenzó a aprisionarle el pecho, bloqueándole el aire que pugnaba por salir desesperado de sus pulmones. Su garganta se bloqueó y un amargo escozor en sus ojos se tradujo en una leve lágrima que resbalaba hacia el ocaso de su barbilla. Parecía que a su alrededor los espacios en sombra de la sala se adensaran, cobraran formas extrañas y terroríficas que quisieran alcanzarla, estrangularla entre sus informes dedos. Se cubrió la boca con el jersey a medio acabar. Lo sabía, lo que tanto tiempo había temido se hacía, por fin, presente. Su ausencia así lo delataba. La soledad invadía definitivamente su isla, comprendió que el hilo de su madeja se había roto para siempre. Los avisos del día anterior, que ella intentó ignorar hasta ese momento, se volvían realidad. Él no volvería nunca más.

Las sombras han invadido la ciudad hace más de una hora. En la sala reina el silencio. El jilguero duerme desde hace rato. Abruptamente sonó el timbre del teléfono, insistente, acuciante, Carmen permaneció sentada

en la mecedora, con el jersey en su regazo, y la mirada seca, perdida entre las sombras. Volvió a repicar el urgente pitido del teléfono. Se levantó, cansada de años y esperanza. Se dirigió al nervioso heraldo que perturbaba su soledad, se agachó y desenganchó del cajetín la clavija del cable telefónico. Volvió hacia la mecedora, abrazó de nuevo su jersey y cerró los ojos. Comenzó a acunarse levemente, siendo el crujido de la tarima el único y acompasado sonido de la habitación en sombras. Mientras, fuera, la tarde hacía tiempo que había caído.



María Auxiliadora López Rodríguez

Primavera 2001

Vinieron las lluvias y después nos sorprendió el verano
y una erupción de acontecimientos mágicos e irreversibles.
Fuera:

Todo un desbordamiento de prisas y vaivenes.

El movimiento rítmico y musical de las gimnasias.

Los sonidos mágicos de las golondrinas en el tendedero.

La luz precipitada del amanecer

y el desbordante detonar cromático en el jardín de las
[rosas y de los gatos

¡Tener que hacer un alto en el camino ante tanta belleza!

¡Echar de menos la lentitud de los días de invierno!

La monotonía cadencioso de las horas que transcurren

[con la luz encendida

Ahora, las horas diurnas pasan lentas sobre los ojos

que, aún, todo lo miran con sorpresa...

Inédito

El transcurrir del tiempo en este espacio se me hace lento
como un viento transparente que acaricia...

¿Dónde estás tu?

No te encuentro en este paraje lento de años.

Encuentro mis manos... y el silencio...

Sé que mi empeño termina donde persiste el tuyo
y el tuyo es persistente una y mil veces.

Como una muralla, cuesta franquearlo.

Como un muro, no puedo atravesarlo.

Cómo una montaña, resiste hasta el infinito.

A veces, tu empeño es volcán, suelta lava, me derrumba
y pasan siglos hasta que recompongo mi original silueta
y... mientras tanto... continúo... dispersa en mil destrozos
estragos de la melancolía.

Sé que mi empeño es largo y lento... lento y largo.

Oculto mis conjuros en la noche

y el desamor me cerca con sus manos ausentes

Yo ¡tan lejos de todo lo que ocupas!

Exprimo un corazón desenfadado y complaciente

en pérdida de años y de besos y lo alimento

de vandálicos actos de silencio.

Estado de ánimo

A veces

siento sombras que pasan a mi lado, no personas.

Desastres infinitos en los que yo intervengo.
El tiempo que derrumba...

Me embisten soledades clandestinas.
Me invade el infortunio.
Regreso algo misántropo y tedioso
cretino y misterioso.

Practico el ostracismo.
No platico.
Me siento aplatanado, subjetivo...
Ausente del destino que me acecha...
Agobiado, agobiante, indiferente...
Anticipado a todo sin motivo.

Lacio, lascivo, inconsecuente.
Derrocho un latifundio de tristeza
inusual, vago cruel, superlativo...

Me siento como un doberman doblado y dolorido.

Coexistó con la pena.
Me enfado con la risa.
Combato con la vida
(cómplice del silencio y la desarmonía).

Me enfrasco en discusiones varias:
díscolo, frustrante, pesimista...

Me pasa que pierdo los colores,
la intuición,
la inspiración creativa.

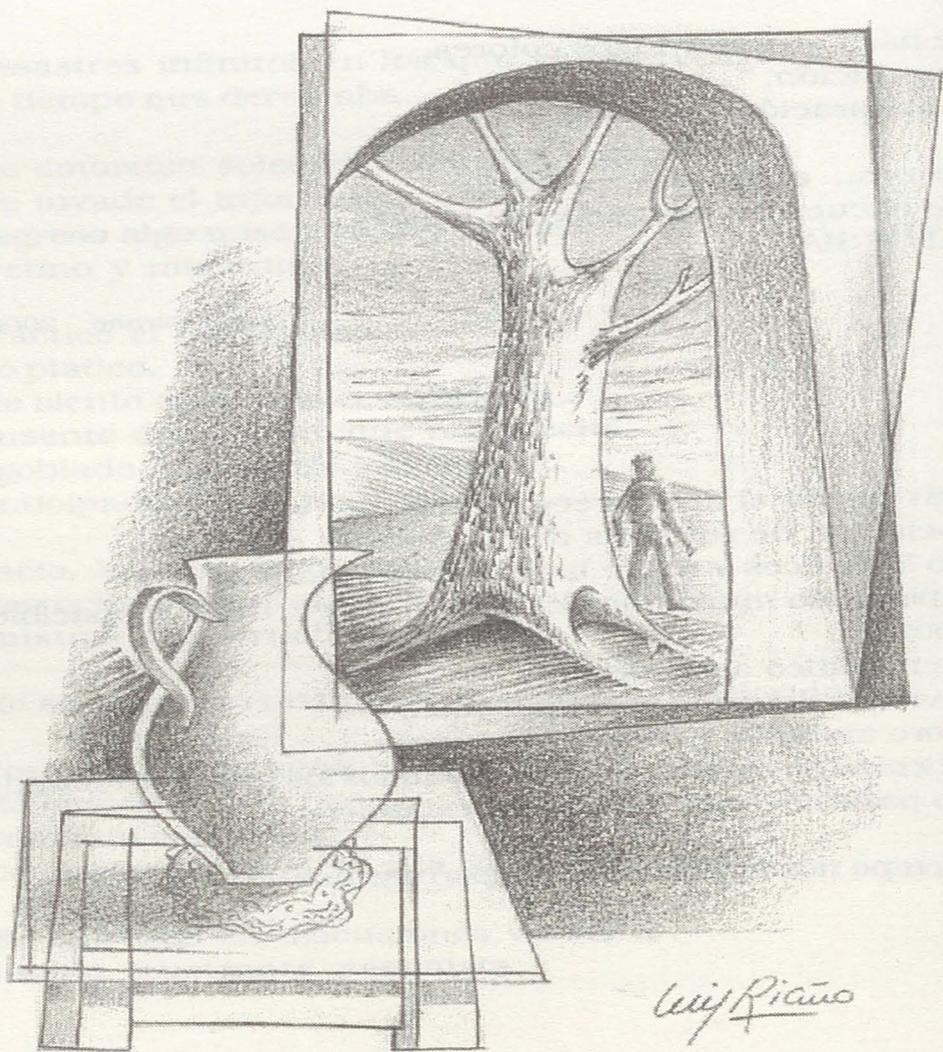
A veces... algún día... sucede
que encuentro un atisbo de alegría,
LA POESIA.

(junio, verano 2000).

Otoño

Atrás quedó el azul irrecuperable del verano.
Asociación de rumores de chicharras que bulle
bajo las raíces y sobre las rocas del planeta.
Un perezoso murmullo de hojas... suave, dulce y apacible.
Es otoño...
Un cromático ascender...
Un viento detenido en el paisaje...
Un oro amarillo que cubre las cosas...
Un tiempo de magia y de peces en todos los mares del mundo
y un pasar incesante de nubes-estatuas...

El tiempo nos engulle pero sin derrotarnos.



Luiz Rêgo

José Manuel Martínez Cenzano

Evocaciones y venganza

Ellos habían decidido que el brillo de mis ojos no era lo suficientemente intenso. Esta circunstancia había sido causa bastante como para justificar el desprecio que sentían todos hacia mí.

Mi pelo, en cambio, sí era abundante y negro. Quizás secretamente admirado, aunque yo sabía que jamás lo reconocerían. Estaba condenado a la marginación y esa condición de excluido era completa, y nada de lo que pudiera ser considerado como bueno me sería jamás reconocido.

Sin embargo, siempre sospeché que no era esa la razón de su desprecio, ni siquiera cuando los hechos que cambiaron mi vida parecían darles la razón.

Hoy, cuando ya vivo solo y el recuerdo del dolor que su actitud me infringió no me produce sentimiento alguno, se va consolidando en mí la certeza de que la verdadera causa de su distanciamiento era la envidia, o para

ser más preciso, el miedo a que las aptitudes que veían nacer en mí llegaran a producirles envidia.

La envidia es una actitud que se evidencia, no es un vicio secreto, ni abstracto. Es manifiesto y concreto. Esa era la verdadera causa de su rechazo: que la envidia que llegarían a tenerme, los haría parecer seres débiles y ridículos y esto no se lo podían permitir, erosionaría su poder heredado, transmitido de generación en generación, inapelable.

Me despreciaron, hoy lo veo claro, porque ellos eran débiles, no porque mis ojos pusieran de manifiesto mi, por ellos pretendida, debilidad, mi cobardía.

Pero tenían motivos objetivos de preocupación. Yo traté de hacerme querer demostrando mis virtudes, sin saber que esa era una táctica equivocada. Por eso, cuando les hice ver mi gran habilidad para encontrar pastos abundantes y frescos para la manada no cambiaron su actitud de desprecio hacia mí. Sin embargo, demostré, desde muy joven, una gran pericia en ese aspecto. Me guiaba por el color del bosque, por el aroma de fondo con que la hierba fresca impregnaba el aire con tanta sutileza que, sólo yo, entre todos, era capaz de percibirlo. A veces, lo presentía por la humedad o incluso por la forma en que suavizaba el sonido de la brisa, habitualmente áspero y seco al cruzar los bosques del campichuelo, compuestos de pinos, encinas, robles y bujes.

Debo, no obstante, reconocer que la marginación tiene, junto a evidentes amargas aristas, pequeñas ven-

tajas nada despreciables. Contaré algunas, a modo de ejemplo.

Desde muy pequeño, el mayoral me trató de modo deferente, tolerándome actitudes que no permitía a los que me hacían de menos. De este modo, yo pude mantenerme cerca de él y de algunos de los más veteranos pastores durante largos periodos de tiempo, tanto de trabajo como, sobre todo, de descanso.

Yo los escuchaba atentamente, procurando entender lo que decían, cómo eran y, sobre todo, intentando deducir cómo ocurrían las cosas en función de sus comportamientos. Me interesaba, de modo especial, conocer cómo se relacionaban con las mujeres y los asuntos que concernían a la manada.

De lo primero, hablaban de noche, sentados en torno al fuego, que se hacía cargo de mantener encendido y equilibrado el más joven de los aprendices, mientras bebían cortos tragos de aguardiente y disfrutaban de los olores que al atardecer comenzaban a invadir el campo tras haberse mantenido encerrados en una caja imaginaria que el sol se encargaba de cerrar cada mañana. Eran aromas mestizos, cambiantes con la época y la meteorología; eran aromas secos cuando el calor volvía locos a los novillos y los pastores usaban de la violencia para aplacar su ira; días de ruidos sordos en la dehesa, armonizados por ese diapasón que la chicharra usa para ponerle son al inclemente calor del sol. Días que daban paso a noches quietas de cielo opaco y estrellas escasas y sati-

nadas. Cuando llovía o el viento del norte refrescaba el ambiente, la noche traía aromas tibios y frescos, a veces tan intensos que mareaban. Salvia, ajedrea, orégano y tomillo competían con su brillante textura aromática por destacar en ese aire al que el bosque dotaba de un perfume de fondo.

Las noches calurosas les hacían hablar de modo apasionado. El frescor les movía al recuerdo y a la nostalgia.

Con el calor, venían las fanfarronadas, los relatos de éxitos amorosos habidos con putas o sencillas campesinas, cuya inocencia era arrastrada ante los ojos de todos; actitud bien distinta a la que mantenían cuando, arrebujándose en sus mantas, el alcohol les requería para hablar de sus hijas o de sus esposas.

Eran, entonces, seres preocupados y extrañamente propensos a la ternura.

De la manada hablaban cuando recibían la visita del «ama», la hija única de los dueños, y su heredera universal. Llegaba sin avisar, enfundada en su traje campero, ajustado y caro. Se quedaba varios días y dormía sola en la casona.

El día lo pasaba con nosotros, trabajando como uno más, aunque marcando las distancias, cosa que hacía a la perfección. A veces, dando órdenes, en ocasiones despreciando, con una sonrisa, apenas perceptible, los consejos del mayoral.

Era una mujer con un extraño encanto, que sedu-

cía a todos. No era una mujer guapa, pero era extraordinariamente atractiva. Llegué a deducir que, en aquellos hombres, producía un deseo intenso y doloroso, tanto que llegaron a odiarla por inalcanzable.

Cuando ella regresaba de noche a la casona, tras haber compartido velada y aguardiente, ellos la veían alejarse con una mueca que los hacía irreconocibles. Después, sus comentarios soeces la despellejaban con la precisión milimétrica de un cirujano. Bastaba con que uno refiriera una anécdota intrascendente producida en la jornada para que todos sugirieran interpretaciones tortuosas. La más recurrente era sobre su pretendida homosexualidad, única interpretación que, en su simpleza, encontraban a la falta de interés que el «ama» evidenciaba por sus encantos masculinos.

A veces, ella parecía provocarlos acercándose a alguno, rozándolo, dirigiéndoles frases de doble sentido y alejándose, luego de encender una hoguera, cuyos rescaldos nunca llegaban a apagarse y que aumentaban un sentimiento espeso que se iba convirtiendo en ira.

Recuerdo el momento en que certificaron definitivamente su condición de lesbiana y el modo en que el más viejo de los pastores dejó zanjada la cuestión. Mientras en sus pupilas se reflejaba la imagen admirable de la mujer alejándose, dijo sencillamente: ¡Joder, qué desperdicio!

Todos entendieron el mensaje.

Saber lo que ellos pretendían de la manada me daba

otra ventaja que procuraba administrar ante los míos, pensando que estas demostraciones hacían a todos cambiar de opinión sobre mí. Ya he dicho que producían el efecto contrario.

Recordar las noches en compañía de los pastores me lleva inmediatamente al recuerdo de otras noches, bien diferentes: Aquéllas que sucedieron al episodio, que hizo de mí lo que soy, y que precipitó unos hechos posteriores que, quizá, estaban escritos en las estrellas.

Tras ser herido, pasé convaleciente varios meses. Mientras las heridas estuvieron abiertas, el dolor era intenso, continuo y a la vez pujante. Días y noches me mantuve atento a cualquier cambio que se producía en mi cuerpo, convertido en un campo de sufrimiento físico y también de esperanza: ¡Cuánto deseé curarme en esos días, en esas noches de angustia y de terror!. Miedo al dolor, miedo a la muerte por lo que significaba de derrota, de interrupción de una misión cuyos perfiles iban tomando formas en mi mente y que tenían un único objetivo: reivindicarme ante todos y afirmarme ante mí mismo. Hoy, con ambos objetivos logrados, pienso que los caminos de la memoria caprichosos e inexplicables, seleccionan y excluyen sin seguir normas que respondan a las leyes físicas o biológicas y que, por tanto, permitan predecir qué episodios recordarás y cuáles morirán para ti cuando sus ecos se hayan desvanecido.

Así, recuerdo cómo, a veces, apretando la cura contra el suelo, perlado por el rocío, aspiraba el aroma de la

juma, tratando de rastrear la ruta de la historia de este campo, de su gente y su propio pasado. Este recuerdo me induce otro, inmediatamente. Uno de los pastores tenía aficiones políticas y se decía «comunista de Carrillo». Hablaba, con aplomo y convencimiento, y sólo se excitaba cuando peroraba (sin duda había aprendido el fragmento de un mitin) sobre determinados políticos que le habían decepcionado, al sucumbir a la seducción de la moqueta». Luego, justificaba a Carrillo y hablaba de la revolución, del ama y de los toros, como los demás. Quizás juma y moqueta, pasado y revolución eran los nexos de mis recuerdos hilvanados.

Llegados a este punto, debo decir, que los recuerdos que permanecen más vivos en mí y que son, algo así como un fondo continuo a través del cual discurren y se ordenan todos los demás, son los que están relacionados con los episodios de mi pasado más reciente. Y no lo son porque se correspondan con lo inmediato. Tampoco porque me produzcan especiales sentimientos (ya he dicho que no me producen dolor, y ahora diré que tampoco me dan satisfacción). Los evoco con distanciamiento. Mi memoria se limita a certificar su existencia y su correspondencia con los hechos, como lo haría un notario. Los recuerdo, sencillamente porque me he negado a mí mismo gozar de la experiencia de olvidarlos. Así los recuerdo:

Caía el sol en una tarde, como la de hoy, del final de otoño del año pasado. El verano había sido caluroso,

con escasas tormentas, y las que hubo se concentraron en el final de agosto y en el mes de septiembre, siempre alternando con horas de sol, bruma liviana y arco iris. Estas condiciones habían permitido al bosque hacer nacer setas y hongos, en cantidad y variedad tal, que los más rancios del lugar no recordaban semejante circunstancia, «tal portento», como decían algunos. ¡Mal presagio! diría un pastor que había llegado dos años antes de un pequeño pueblo de Lugo.

Esa tarde yo había abandonado la manada y adentrado en un pequeño pinar que se abría a una vaguada atravesada, de norte a sur, por una vereda que servía de camino a las manadas de reses bravas que, desde Andalucía, subían a los pastos serranos en el norte de Cuenca y en Albarracín.

Aquellos imponentes animales pasaban en primavera hacia el norte y retornaban al sur, cálido y sugerente, para pasar el invierno en la mitad de noviembre.

Yo no podía, pues, esperar encontrarme con ellos en mi solitario paseo en busca de niscalos, boletus o amanitas, con cuyo olor me solazaba...

Pero ocurrió lo inesperado. Al salir del bosque, distraído como iba, no caí en la cuenta de que un hermoso novillo caminaba a la cabeza de un grupo de toros que precedía al grueso de la manada, retrasada ese año en su retorno al campo andaluz.

Sin duda, sorprendido al verme, y quizá asustado, se arrancó hacia mí, de modo tan silencioso, que cuando

lo vi, no tuve tiempo de reaccionar para huir, ni tampoco para defenderme. Uno de sus cuernos se hundió en mi costado izquierdo y me produjo una profunda herida. Volvió sobre mí, y de nuevo me hirió, esta vez en el cuello y en la paletilla. Ya abatido, me corneó nuevamente, mientras yo lo miraba, incrédulo, a través de un velo de sangre y de dolor, y mi olfato se impregnaba de su olor.

Me fui hundiendo en una sima silenciosa y oscura, mientras sentía manar la sangre, y cómo me invadía una laxitud, tan atractiva como temible.

En este punto, mis recuerdos se interrumpen, como ocurre cuando duermes sin sueños.

Recupero la memoria escuchando una voz plana que parece recitar algo escrito y aburrido. Después, alcancé a oler a heno, a establo lleno de heno fresco. Inmediatamente, mis ojos comenzaron a ver. Sólo luz. Y sombras. Algún objeto cercano: un pesebre alto de perfiles oscuros y curvados. Y sobre todo, pude sentir intensamente. Sí, recuerdo que sentía un enorme dolor, cuyas características he descrito con anterioridad. Poco a poco, mis evocaciones se hacen más precisas y aparecen ordenadas y coherentes, como escritas en un libro de memorias. Tendido paso los días y las noches, mientras discurre el final del otoño y el principio del invierno y me recupero de las heridas que me produjo el ataque del novillo. El sanitario que me atiende no puede entender cómo he podido sobrevivir. A su lado, el pastor gallego, que no me abandona un solo instante, le informa de las noveda-

des ocurridas entre visita y visita. Él fue quien, pormenorizadamente, le explicó cómo fueron avisados por el mayoral de la ganadería andaluza, tanto del ataque, como de mi estado físico; cómo me hallaron, prácticamente muerto en la vereda donde fui abatido; cómo me llevaron al pueblo y me mantuvieron con vida, «hasta su llegada, Don Manuel. El resto, usted lo sabe bien».

Tojo, como llaman al gallego, me cuidaba bien. Me administraba los medicamentos, abriendo mi boca con sus dedos cuando oponía resistencia, extendiendo cuidadosamente los ungüentos y pomadas sobre las heridas, lavándome y facilitándome la difícil tarea de comer. Durante horas, acariciaba mi cabeza, mientras me leía o me hablaba de su vida y de su tierra. Tiene un acento extraño. Paladeaba las palabras tras haberlas insalivado con ternura infinita. A veces, me cuenta historias de su infancia, de su corta vida en la escuela, de cómo aprendía los rudimentos de la técnica, imprescindibles para la supervivencia. Yo escuchaba ausente su salmodia. Nada me importaba que no fuera mi dolor, constante y enloquecedor, tan intenso que no me permitía conciliar el sueño, salvo en aislados momentos de la noche, en los que Tojo roncaba a mi lado. No era un sueño apacible o relajado. Era un sopor denso y caliente, como el aliento de un goloso. Era un duermevela, plagado de pesadillas aterradoras. Soñaba siempre la misma escena: dos enormes perros corrían hacia mí, ladrando iracundos. Yo los veía acercarse y cuando su imagen iba perfilándose, un

enorme cuerno nacía de su frente hasta convertirlos en temibles unicornios. En su camino hacia mí, entraban en una zona de sombra, y en ella se paraban. Se volvían enfrentándose y se atacaban con saña. Enseguida yo comenzaba a percibir el olor de la sombra, un aroma recordado, pero no reconocido, que se distinguía del olor de los perros transformados en unicornios, de la sangre y del polvo de la dehesa, marco en el que mi sueño se desarrollaba, de la lluvia que comenzaba a caer. En este punto, me despertaba, empapado de sudor y aterrorizado. Tojo, somnoliento, me lavaba la cara y el cuerpo con una esponja empapada en agua fresca y me dirigía frases tranquilizadoras. Luego me contaba lo que había aprendido en la escuela sobre los sueños y sobre la memoria. «Tendrás ese sueño cabrón, mientras tu voluntad no lo desprecie, pues lo que sueñas es parte de tu memoria, y allí quedará para siempre. Hasta los metales tienen memoria. Recuerdan siempre si alguna vez estuvieron imantados, le llaman la histéresis, o algo así». Tojo era un hombre leído, y por eso decía cosas que los demás pastores no entendían. A mí me leía durante horas y así fui conociendo palabras, giros..., y hoy soy capaz de entender, sin dificultad, cualquier conversación.

Una noche en la que la desazón había sido especialmente intensa me dijo: ¡ah, barbián, no vivirás mientras él viva!

Aquel día supe que, asumida esa premisa, debía prepararme para afrontar las consecuencias. No resul-

taría una tarea sencilla. Casi no veía (consecuencias de la hipobolemia, diría el ama). Mi cuerpo era un saco de huesos y tendones, con más costuras que músculo. Mi voluntad, dedicada a la tarea de sobrevivir, se presentaba como el mejor motor para impulsar un cambio. Sólo el instinto y la memoria podrían transformarme.

El primero, me pedía volver ante los míos, reivindicando mi condición de noble criatura.

La memoria era la base de mi estrategia y mi mejor aliada. Mis sueños empezaron a cambiar. En ellos, me veía contemplando la escena de los unicornios como un espectador sin riesgo y empecé a dedicarme a ordenar las escenas según fuera el lugar desde el que me llegara el olor de los que la conforman. Llegué a poder precisar dónde estaban las diferentes clases de hierbas, husmeando el aire en todas las direcciones.

Cuando con Tojo comencé a dar cortos paseos por la dehesa, fui trasponiendo a la realidad, lo que iba aprendiendo en mis sueños hasta alcanzar a componer verdaderos mapas aromáticos, tanto de paisajes estáticos, como de aquéllos otros en los que había seres que se movían: abejas, ardillas, flores y setas de primavera componían en mi mente aquellas fotos que, a falta de vista, me permitía construir mi olfato.

Pronto comencé a correr. Me esforzaba cada día un poco más y mi cuerpo respondía a mis exigencias, sin duda impulsado por una doble motivación.

Entre los míos, el rechazo había alcanzado el punto

más alto. Me despreciaban por lo que consideraban era una humillación para todos. El hecho de que hubiese sobrevivido añadía una vergüenza permanente a su humillación. Su actitud reforzaba mi determinación de vivir y lo hacía con el propósito decidido de desmontar su trampa, de poner al descubierto su cinismo. Aunque también había decidido no quedarme para comprobar su reacción. Para mí carecía de todo interés. Sólo me preocupaba mi propia estima.

La llegada de los primeros calores me permitió alargar las jornadas de entrenamiento y aumentar la precisión de mis mapas olfativos. Mis pesadillas habían desaparecido por completo el día que Tojo vino a despedirse. Lo hizo con la delicadeza y el cariño de un amigo y se entretuvo leyéndome un cuento de un joven autor gallego, Manuel Ribas, que hablaba de la guerra, de un maestro, de la supervivencia y del fracaso...

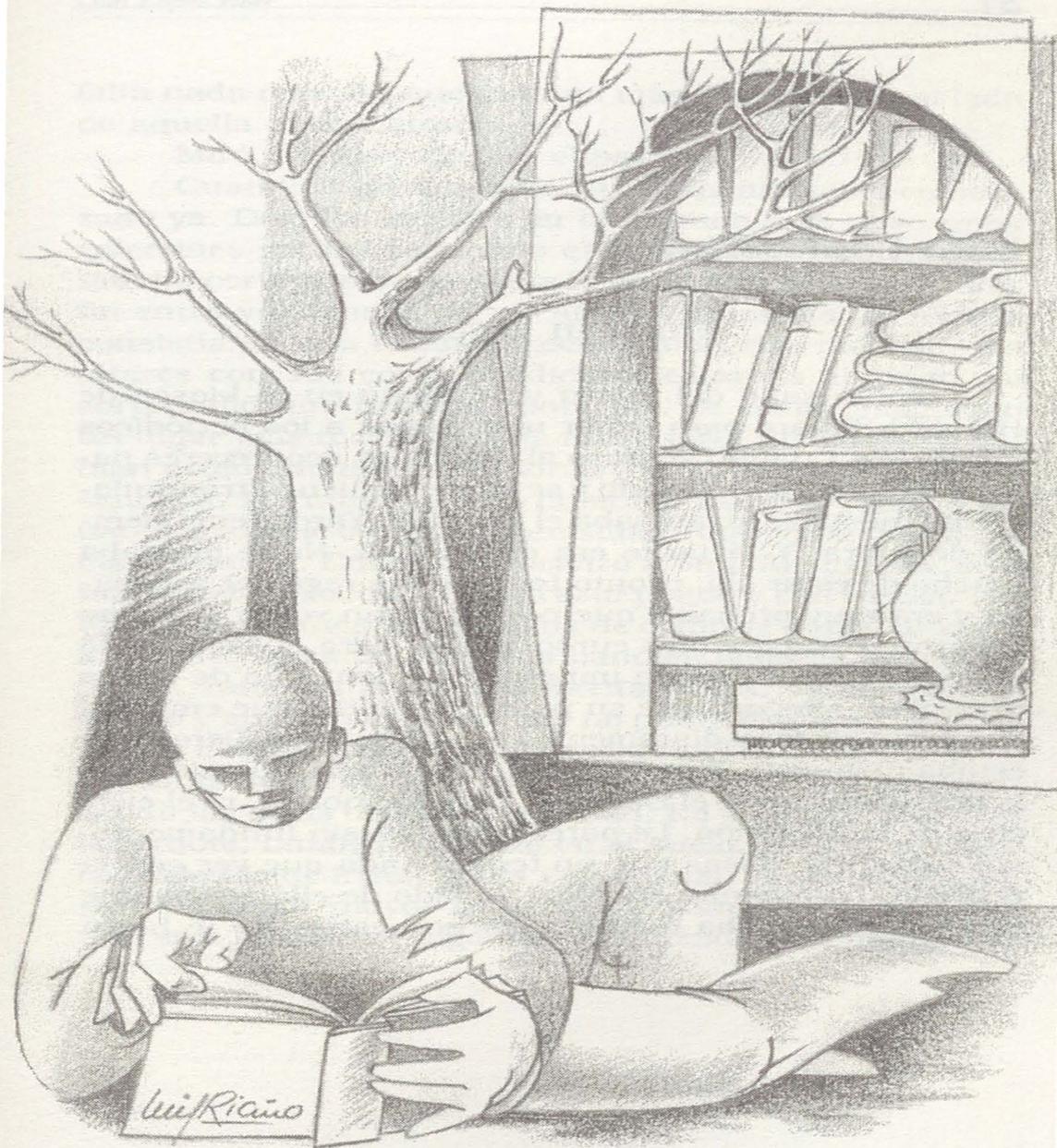
Era un relato hermoso y triste. Por un momento, temí que fuera una premonición. Esa noche volví a soñar.

Me acercaba a la vaguada por la que discurría la vereda y me detenía exactamente en el lugar en el que había sido atacado. Componía el mapa de aromas y seguía, a través de mi olfato, el recorrido de insectos, reptiles y aves, gozando con la precisión que había logrado alcanzar. Allí permanecía largas horas con los ojos vacíos de imágenes y ocupados por sombras y destellos informes.

A la caída de la tarde, el paisaje se modificó mientras mi corazón se alteraba. Toros. Eran toros lo que aparecía subiendo desde el sur y atravesando la vaguada. Entre ellos, descubrí un olor, el mismo que en mis pesadillas de convaleciente despedía la sombra: era el suyo. Era el olor que ahora sí recordaba e identificaba como el suyo. Él estaba allí y mi momento había llegado. Esperé a que estuviera próximo y cuando deduje que podía sorprenderlo, me lancé hacia él guiado por mi olfato y calculando la fuerza de mi empuje por la velocidad con que las sombras se movían. Lo atacé sin piedad y lo herí certeramente en el cuello. Oí su muerte resbalar por mis astas finas y potentes, mientras las sombras se tenían de rojo.

Me desperté sobresaltado y salí de la cuadra para ver la luna.

El día del solsticio de verano ocurrió todo como había soñado.



Lola López Díaz

Gloria in excelsis

Pablo salió del metro y se metió en el kiosco de Harvard Square para echar una ojeada a los periódicos españoles. Cuando se puso al día de los acontecimientos patrios se compró un helado y se lo fue comiendo tranquilamente mientras atravesaba el Harvard Yard. Tenía tiempo de sobra. Y la tarde era espléndida. No le quedaba mucho de estar allí, pronto tendría que regresar a España y era muy probable que no le dejaran volver o que se negaran a pagarle otro curso, lo que para el caso era lo mismo. Había sido una imprudencia contar lo de Sita a la familia... Seguro que su padre pretendía que empezara a trabajar inmediatamente en el Despacho. Pero él no estaba dispuesto. No tenía la más mínima intención. No le interesaba nada el Derecho, ni la Economía, ni el ejercicio de la profesión. Le parecían cosas sin fundamento, sin sustancia, cosas que no tenían nada que ver con la realidad. La realidad era Sita. Al lado de ella sentía que estaba. Que estaba donde tenía que estar. No le hacía

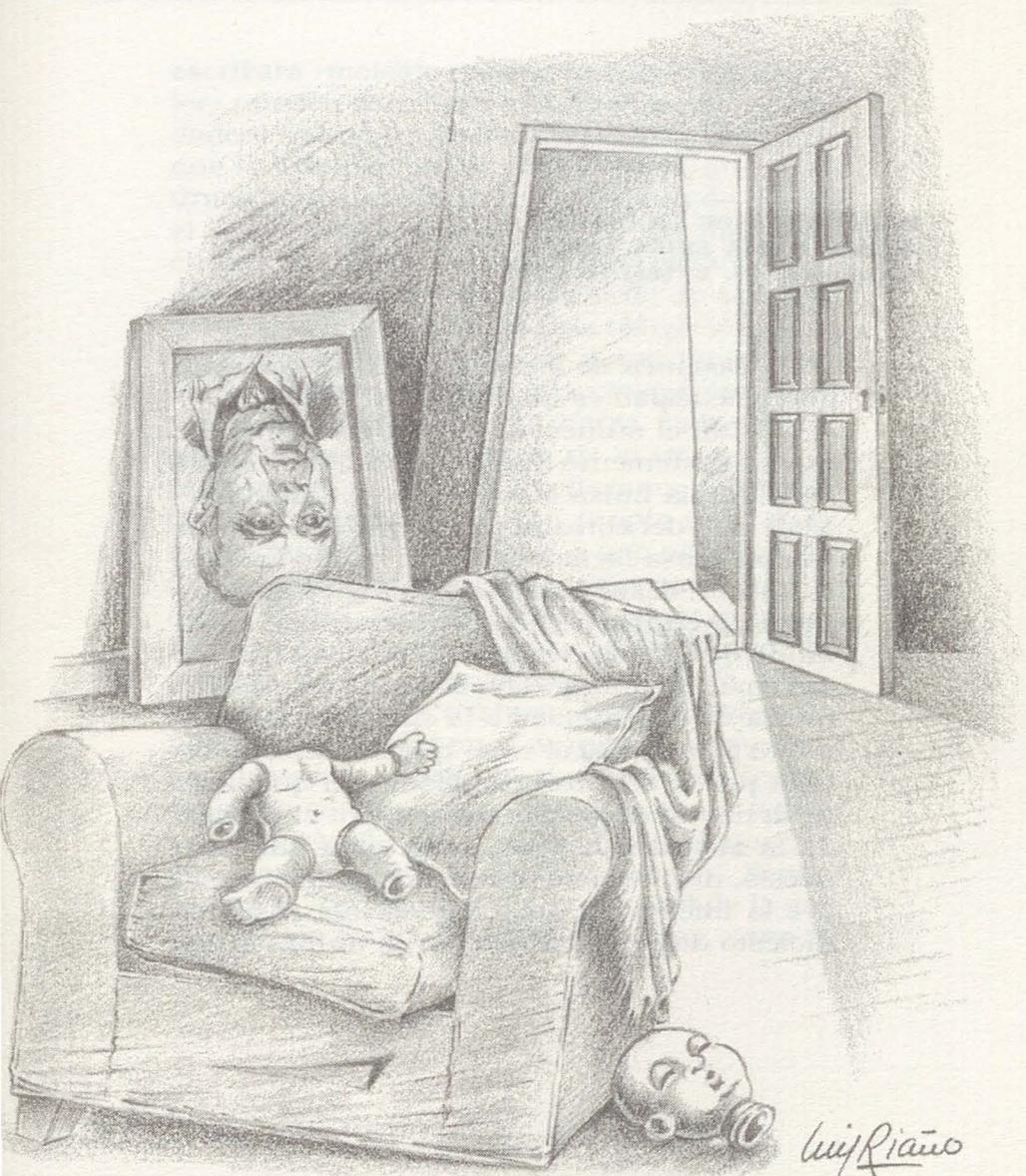
falta nada más. No quería nada más. Permanecer al lado de aquella chica extraña.

Miró el reloj y aceleró el paso.

Cuando llegó al templo, la ceremonia había comenzado ya. Dejó los zapatos en la entrada y se puso unos calcetines gordos siguiendo el consejo de Sita. Le daba mucho corte pasar, no sabía lo que había que hacer. Por fin entró y se quedó de pie junto a la puerta. El templo consistía en una estancia rectangular, enorme, con tres altares con sus correspondientes estatuas al fondo. Le sorprendió que hubiera tanta luz, se había imaginado un lugar más recogido, más misterioso. En el centro habían extendido unas alfombras y unas lonas para que se sentaran las mujeres. Los hombres estaban junto a las paredes, de pie o sentados en sillas. Algunos en animada conversación. Enseguida localizó a Sita. Allí estaba, sentada en el suelo, con un sari azul pálido y con trenza. Y el lunar -que nunca se acordaba de cómo se llamaba- entre las cejas. Tenía delante una bandeja llena de fruta y de flores. También tenía una jarrita, velas, varillas de incienso y alguna cosa más que no pudo distinguir. Ella no le vio. Estaba ensimismada recitando las oraciones. Se las sabía de memoria y no necesitaba el librito que utilizaban las otras chicas de su edad. En el centro estaba el sacerdote, también sentado en el suelo, vestido de blanco, rodeado de fruta, flores y pucheros, dirigiendo los rezos. Un señor mayor se le acercó sonriente y le ofreció una silla diciéndole algo que no entendió. En una esqui-

na una pareja hacía guirnaldas. Los niños correteaban tan campantes de acá para allá. Llegaron unos cuantos hombres con pinta de ejecutivos, de la edad de su padre más o menos, y empezaron a dar vueltas alrededor de los altares y a tirarse en plancha delante de las imágenes. Era un espectáculo alucinante. . . ¿Qué diría su abuela si lo viera en semejante lugar? La idea le hizo sonreír. El olor a incienso era fortísimo. Entró una profesora de la Divinity School que él conocía de vista, con un grupo de estudiantes. Era un alivio no ser el único intruso.

Un poco más tranquilo, se concentró en Sita. Por fin abrió los ojos y lo buscó. Lo encontró extasiado. Mirándola. Ella juntó entonces las palmas de las manos, se las llevó a la frente e inclinó levemente la cabeza. Después se sonrieron y Pablo sintió que el corazón le estallaba; que la alegría le dilataba los poros; que la emoción le expandía el estómago, los pulmones, que le subía por la garganta, que le llegaba hasta el pelo; que la felicidad le ablandaba los pies; que le dejaba sin fuerza las manos... Y percibió, supo que aquél era el momento más hermoso y crucial de su existencia.



Luis Riaño

MEDITACIÓN DE LA DERROTA**Autora: MARÍA LUISA MORA****Torremozas, S. L. Madrid. 2001**

Después de leer este libro se constata que la felicidad es una fábula.

Con el número 158 de la colección que tan elegantemente dirige Luzmaría Jiménez Faro, María Luisa Mora vuelve a aproximarse al lado del corazón por el que sabe entrar con pasmosa facilidad. Quien ha ido leyendo sus libros, desde *Las Hiedras Difíciles* hasta *Busca y captura* y ahora éste último, adivina de qué modo penetra su palabra tras un estremecimiento que no es otra cosa sino la fuerza de la veracidad a la cual nada se opone. Ni el prejuicio al creer que la poesía habitada por el sentimiento desdice el quehacer de la depurada poesía de hielo, ni el espacio de la abstracción que recoge esta antártica poesía, ni el suponer que un pensamiento sobre la infelicidad debe carecer del sesgo de molesto dolor patentado por la autora en su

escritura -molesto porque molesta leer el dolor- pueden resistirse a la sencillez de lo verdadero en los poemas de María Luisa. Ella sabe que la felicidad es una habladuría, que es el único deseo, el ansia única en boca de todos, el desasosiego permanente de los maestros cuando les piden a sus alumnos cada viernes que sean dichosos durante el fin de semana como si la felicidad fuera una obligación más, un ejercicio para aprender a apartar el miedo, la **derrota** de vivir; ella conoce perfectamente el cuento que se narra cada noche sobre la **busca y captura** de la victoria prometida que no existe. Y reflexiona alrededor de esta cuestión desde su propia identidad; *tengo tres hijos, tres gatos/ y una alfombra de flores*, concluye en uno de los poemas no sin cierta ironía. **Meditación** que alcanza la serenidad de la madurez para conversar con la pérdida de los seres cercanos, con la tenaz insistencia de la tristeza, con el reconocimiento de su estar en el mundo y con su personal derrota -tomando el sentido del término como camino que se elige hacia un destino-. Y lo escribe sin precisar el alambique del cual gotea la dudosa palabra esencial. Escribe con la franqueza de la necesidad de la escritura, no como una diferencia sino como el

ojo insustituible que mira ese camino elegido, reconoce su torpeza para mirar, y su meditación reconoce, ante todo, los signos de la fábula, de la isla cálida en un mar gélido, ausente destino que acarrea un rumbo de desdicha.

MEDITACIÓN DE LA DERROTA despliega un texto al que es imposible oponerse porque manifiesta la precariedad del corazón. Algo tan peligrosamente próximo.

¿No fue Oscar Wilde quien reveló la confusión entre la felicidad y el placer?

María Antonia Ricas

El mundo de los sueños

PALABRAS DE LA SIBILA.

Autor: Ezequías Blanco.

Ediciones Lobohombre, Getafe 2001, 89 págs

Adivinar el futuro, los pensamientos, las acciones de los hombres: esa sería la ocupación de la sibila, como si se hubiera convertido en un actor de la esperanza, en alguien capaz de modificar la realidad. El poeta Ezequías Blanco, que ya ha dado a la imprenta

otros interesantes poemarios y que dirige la conocida revista de creación literaria «Cuadernos del Matemático», ahora hace que este personaje se acerque a nosotros, que tenga un discurso propio. En «Palabras de la Sibila» es la naturaleza, las acciones humanas, la ética y la épica, los mitos, etc, quienes cobran voz y se transforman en seres capaces de dialogar con quienes están cerca. A veces estas palabras son aforismos, otras son productos del deseo, las más son exposición de un estado de ánimo y reflejo de situaciones concretas. Con todo ello Blanco ha construido un poemario donde la filosofía y, otras ciencias del pensamiento cobran vigor y analizan un presente o refieren un pasado. Leamos «Sanetero», un poema ágil y vehemente (*«Dar en el blanco de los nombres / es tu oficio»*) o esa deliciosa prosa titulada «Figura inmaterial con los ojos de barro» (*«Yo no sé en qué consista el olvido»*), pero tal vez sea en «Los asuntos de los mitos», cuarta parte del libro, donde la poesía cobre un tono más filosófico, adivinatorio o predictor, pues ahí hablan los dioses, los héroes. Lo hacen como si estuvieran a nuestro lado, como si se estuvieran dirigiendo a nosotros mismos: *«Se levantó despacio y aún le quedan / los resortes precisos de una idea:*

/entregar al fuego todo/lo que ama-». («Nerón doméstico»). El poeta juega con la fantasía, con la ironía. Pero lo hace de manera elegante, lírica, comedida. Así es como nos deja perfectos versos musicales, rítmicos, repletos de sentimiento y razón. En un escueto prólogo de la editorial ¡se dice que «Ezequías Blanco es un escritor en el que se emboscan y conviven en máxima intimidad las venas, la sangre y la carne, con las letras y su sonido a medio pronunciar». Por eso surgen de estas «palabras» unos incontenibles aires de fantasía, de vitalidad, la sensación de ir convirtiendo en algo patente el anonadado mundo de los sueños. Y ese, tal vez, sea su mayor valor literario y poético. «Los dioses no son más de lo que intrigan: / ¿Acaso puede un dios tener cuerpo de toro...? / ¿Acaso puede un dios habitar alma de cisne...?».

Manuel Quiroga Clérigo

Índice	págs
María Luisa Mora	7
Elisa Romero	11-32
Joaquín Copeiro	14
Julianna Gallardo Laufenberg	18
Trina Quiñones	22
Antonio Illán	24
Manuel Quiroga Clérigo	26-140
Lola López Díaz	38-134
Paco Morata	42
Manuel Fernández Nieto	46
María Antonia Ricas	54-138
Jesús Pino	58
Rafael Vera	60
Virginia A. Lobos	62
Germán Pinto Recuero	68
Adelina Esteban	78
Juan Carlos Pantoja Rivero	80
Jesús Rubio	92
Damián García Fente	108
M ^a Auxiliadora López Rodríguez	114
José Manuel Martínez Cenzano	118



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

